EL ÚLTIMO DIA

DE UN

REO DE MUERTE.

Por Víctor Hugo.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. José García de Villalta.

MADRID.
Imprenta de D. Norberto Llorenci.
Noviembre de 1834.

Prólogo del Traductor.

Si no tuvieran otro objeto las obras de imaginacion que llenar con sus pinturas algunos momentos de ocio, y pasaran por la mente sin dejar en ella mas que ligeras y triviales huellas, apenas merecerian que se consagrasen á su composicion, como en todos tiempos lo han hecho, profundos filósofos, célebres poetas, y varones doctos y á todas luces aprecia-

bles. Pero no suministran la invencion y la fogosa fantasía, á las obras clásicas de este género, mas que el colorido, la pompa y el ornato con que la moral se engalana. La esencia de las invenciones de Homero y de Platon, de Shakespear y de Cervantes, su tendencia y sustancia los dió la virtud misma; la forma sola fue hija de la poesía. Lo mismo puede decirse del siguiente libro de Victor Hugo. En él se representan con la verdad de la naturaleza, que sirvió á su autor de modelo, los combates y pasiones del hombre dentro de sí mismo; la agitacion de su ánimo en medio del tempestuoso tumulto de mil pasiones encontradas; la lucha de la desesperacion y la esperanza; del temor y de los remordimientos; de la

impiedad y de la religion. Y al través de tan lastimero y melancólico drama, cuya opacidad misma cautiva la razon y la agita y la suspende, se vé la verdadera filantropía, mitigando la indignacion del legislador, deteniendo el brazo del magistrado, y en nombre de la humanidad pidiendo al hombre por el hombre mismo, y por sus hijos á las naciones.

Aquellos en cuyos pechos arde el noble amor de la virtud; los que aprecian con sinceridad y ardor los progresos de su especie; los que esperan ver á sus hijos un dia facilitar en la magistratura ó en el gobierno la perfeccion social, y la mejora del ente humano, recibirán ciertamente con gratitud un cuadro en que están pintados tan al vivo el corazon y

el juicio del hombre, desfallecidos bajo el peso de los padecimientos.

Victor Hugo es ademas distinguido escritor de una de las dos escuelas modernas de literatura. Su nombre y escritos, aunque conocidos entre los doctos de España, son un misterio para el público, en cuyo obsequio se ha hecho la traduccion que sigue, esperando que le sea grato conocer la mas acabada obra de una de las plumas célebres de este siglo.

Este libro puede haber tenido uno de dos orígenes: ó habrá existido en efecto un legajo de papeles amarillentos y desiguales, en que estaban registrados los últimos pensamientos de un infeliz, ó algun hombre meditabundo de los que observan la naturaleza para provecho del arte, algun filósofo ó poeta, se dejaria poseer quizás de semejante fantasía, y tendria que ponerla en un libro para desembarazarse de ella.

De estas dos esplicaciones elija el lector la que guste.

EL ÚLTIMO DIA

DE

Un reo de muerte.

I.

BICETRE.

¡Condenado á muerte!

Ya hace cinco semanas que vivo solo con este pensamiento; de continuo encadenada por él la mente, de continuo oprimida con su peso. En otros tiempos, —(¡años me parecen

los dias!) — era yo un hombre cómo los demas. Cada época, cada hora y aun cada minuto me traia consigo sus ideas; y mi ánimo infantil y fecundo, y lleno de imaginaciones diversas, se complacia en presentármelas progresivamente sin orden y sin fin, bordando de inacabables arabescos la ruda aunque endeble tela de la vida. Ni via mi fogosa mente mas que graciosas jóvenes, escenas rápidas, dignidades honoríficas, batallas ganadas, teatros llenos de luz y de alegría; — y bellas jóvenes de nuevo, y umbrosos paseos nocturnos bajo los brazos gigantescos de los castaños. Siempre era dia de fiesta en mi fantasía; y gobernaba la voluntad del pensamiento, porque estaba libre.

¡Pero ahora me hallo cautivo! Mi cuerpo yace cargado de hierros en un calabozo, y mi razon aprisiona-

da por una idea horrible, sangrienta é implacable. No me queda ya mas que un solo pensamiento, una conviccion sola, una certeza..... ¡La de estar condenado á muerte!

¿Qué haré para librarme de este pensamiento infernal, que de continuo encuentro á mi lado cual espectro celoso y solitario, ahuyentando de mí toda distraccion, mirándome sin cesar cara á cara, hiriéndome: ¡infeliz de mí! con férrea mano, cuando pienso volverle la cabeza, ó cerrar los ojos para no verle? — A donde quiera que huye la despavorida imaginacion, allí se presenta él en diferentes aspectos, mezclándose como tristísimo eco á cuantas palabras me dicen, cruzándose á mi vista en las odiosas rejas del calabozo, persiguiéndome en la vigilia, y espiando mi dormir convulsivo, hasta

aparecerse de nuevo en tenebrosos ensueños, bajo la forma de una cuchilla.

Acabo de despertar sobresaltado de sus espantosas imágenes, diciéndome á mí mismo — ¡ Al fin no es mas que un sueño! — Pero antes que mis cargados ojos hayan podido entreabrirse lo bastante para ver el mismo pensamiento fatal grabado en la funesta realidad que me circuye; en el húmedo y sudoroso embaldosado de mi habitacion; en los pálidos rayos de la lámpara que la alumbra; en la trama grosera de mis vestidos; en el bulto sombrío del centinela, cuyas armas lucen por entre las barras de hierro de la puerta, ya me parece que una voz perseguidora ha repetido — ¡Condenado á muerte!

II.

Hacia tres dias, en una de las mas bellas mañanas de agosto, que se estaba oyendo mi causa. Tres dias que mi nombre y mi crímen juntaban por las calles nublados de espectadores, que venian ansiosos á posarse en los bancos de la sala de audiencia, como los cuervos al rededor de un cadáver. Tres dias que el espectáculo fantasmagórico de jueces, testigos, abogados y fiscales, pasaba y repasaba por delante de mi vista, grotesco á veces, con frecuencia sanguinario, y siempre fatal y sombrío. Las dos primeras noches no habia podido dormir de inquietud y de terror; la tercera me dieron sueño el despecho y el cansancio. Quedaban los jurados deliberando todavía en

la mitad de la tercera noche, cuando me volvieron á mí á la paja de mi calabozo, á donde caí desde luego en un sueño de completo olvido. Aquellas fueron las primeras horas de reposo que habia logrado despues de muchos dias de horrorosa agitacion.

Aun me hallaba sumergido en lo mas profundo de aquel profundo sueño, cuando vinieron á dispertarme. Pero no bastaron entonces para conseguirlo, ni el paso duro del carcelero, ni el ruido de sus zapatos herrados, ni el retintin de su manojo de llaves, ni el ronco rechinar de los cerrojos. Fue menester que para sacarme del letargo en que yacia me moviese violentamente con su mano ruda, y gritase su ruda voz á mi oido — ¡Arriba!

Abrí entonces los ojos con sobresalto, y me repuse y apoyé sobre

el codo, precisamente en el instante en que lucia la plataforma del corredor vecino (único cielo que me era dado entrever por una estrecha y alta ventanilla) con aquel reflejo amarillo, en que los ojos acostumbrados á las tinieblas de una cárcel, saben reconocer la presencia del sol con tanta certeza.

¡Hermoso tiempo! — Le dije al carcelero, que estuvo un rato sin contestarme, dudando quizás en su juicio, si merecia mi observacion el dispendio de una palabra; al fin murmuró bruscamente y no sin algun esfuerzo — ¡Puede ser!

Continuaba yo en tanto inmóvil, la razon aun casi adormecida, los labios sonriendo, y la vista fija en aquella dulce reverberacion dorada que esmaltaba la plataforma — ¡Qué bello dia! — Repetí embelesado — Si

señor, respondió el hombre. Ahí fuera le están á usted esperando.

Aquellas pocas palabras me repulsaron violentamente hácia la realidad, como suele el hilo romper á deshora el vuelo de un insecto. Y súbito me pasaron por los ojos cual en la luz del relámpago, la sala sombría del tribunal; la herradura que forman los jueces en sus asientos, ornada de ensangrentados jirones; la triple línea de testigos con su mirar estúpido; los dos gendarmas á los estremos de mi banco; las ropas negras agitándose; las cabezas de la multitud hormigueando en la sombra del fondo; y fija sobre mí la vista de los doce jurados, que habian velado mientras que yo dormia.

Me levanté pues como fuera de mí, trémula la boca, inciertas las manos, sin saber á donde hallar el

vestido, y con las rodillas tan débiles, que tropecé al primer paso como suele un hombre sobradamente cargado. A pesar de todo seguí como pude al carcelero.

Dos gendarmas me esperaban á la salida del calabozo, á donde me pusieron las esposas, con un candadito muy complicado que cerraron cuidadosamente. Yo no hice el menor movimiento. Fue aquello lo mismo que poner una máquina sobre otra.

Atravesamos de allí un patio interior, adonde levanté la cabeza reanimado por el aire vivificador de la mañana. Estaban los cielos del todo azules y diáfanos, y los rayos del sol, quebrados por las altas chimeneas del edificio, trazaban grandes ángulos de luz en la cima de los elevados y adustos muros de la cárcel. El tiempo era bellísimo en efecto.

Subimos á continuacion una escalera de caracol, pasamos tres corredores consecutivos, se nos abrió despues una puerta muy baja, y vino á herir mi rostro en el mismo punto cierto aire caliente acompañado de ruido. Era este el aliento del gran gentío que esperaba ya en la sala de audiencia, adonde entramos todos.

Excitó en ella mi presencia mucho vocerío y rumor de armas. Se movieron ruidosamente todos los bancos; resonaron las cavidades todas de la sala, y mientras la iba yo atravesando por entre dos masas de gente amuralladas de soldados, me imaginaba ser el punto céntrico de donde partian cuantos hilos daban movimiento á aquellos rostros inanimados y vacíos. Entonces advertí que no tenia ya puestas las esposas, pero nunca he podido recor-

dar ni cuándo ni en dónde me las quitaron.

Cuanto llegué á mi sitio quedó todo de pronto en un profundo silencio; y al cesar el tumulto de la muchedumbre cesó tambien el de mis pensamientos, y entendí clara y repentinamente lo que hasta entonces solo habia entrevisto de un modo confuso, á saber: que era llegado ya el momento decisivo, y que me iban al instante á leer mi sentencia.

Explique el por qué quien lo sepa; de tal manera se me presentó aquella idea, que no me causó terror alguno. Estaban á la sazon abiertas las ventanas; el aire y el bullicio de la ciudad llegaban libremente de la puerta exterior hasta nosotros; inundaba la sala tanta claridad, y habia en ella tanta alegría, como si la hubiesen preparado para

una boda. Los rayos del sol trazaban por todo su ámbito imágenes luminosas de las vidrieras, prolongadas por el suelo, desenvueltas en las mesas, ó rotas en los ángulos de las paredes; y cada rayo de los que atravesaban los cristales se abria en el interior formando un prisma de dorado polvo.

Los jueces sentados á la cabecera de la sala parecian contentos; tal vez porque esperaban acabar pronto. En el rostro del presidente, iluminado por uno de los cristales, se descubria mucha benignidad y calma; y un asesor jóven se entretenia en doblarse y desdoblarse la banda, mientras hablaba casi risueño con una señorita de sombrero rosado, sentada por favor detrás de él.

Solo los jurados estaban pálidos y abatidos; pero era, al parecer, por

haber velado toda la noche. Bostezaban sin cesar algunos de ellos; mas no habia signo en sus semblantes indicativo de haber acabado de pronunciar una sentencia de muerte. Yo no pude colegir otra cosa de las facciones de aquellos buenos señores que su vehementísimo deseo de acostarse.

Habia enfrente de mí una ventana completamente abierta, debajo de la cual se oian reir en el muelle las vendedoras de flores; y doraba el sol al mismo tiempo, al borde de la vidriera, una florecita pagiza, que se mecia al viento en la grieta de una piedra.

¿Cómo hubiera podido una prediccion siniestra lanzarse en medio de tan risueñas sensaciones? ¿Cómo pensar yo en otra cosa que en mi libertad, inundado asi de sol y de aire?—

Un rayo de esperanza vino pues á lucir en mi pecho como lucian los cielos en derredor mio; y aguardaba ya casi impaciente mi sentencia, y la libertad y la vida con ella.

Al fin entró en la sala mi abogado, á quien se estaba esperando, y que venia de desayunarse apetitosa y copiosamente. Al llegar á su puesto, se inclinó hácia mí con sonrisa, diciéndome en voz baja: — ¡Mucho hay en qué confiar todavía! — ¿No es cierto que puedo todavía conservar esperanzas? le respondí yo tambien sonriéndome ligeramente.—Sin duda; continuó el abogado. Yo ignoro aun cuál ha sido el verdicto (1),

(1) Dictámen que emiten los jurados, declarando si el acusado ha cometido ó no el crímen que se le supone.

pero si se desentienden de la premeditacion con que se cometió el hecho, se contentarán con presidio perpetuo. —¿Cómo presidio perpetuo? ¿Qué está usted ahí diciendo? le repliqué yo indignado? ¡Antes mil veces la muerte!

¡La muerte! ¡Sí! —Y ademas me repetia yo dentro de mí mismo, —¿qué arriesgo yo en explicarme asi? —¿Cuándo se ha visto pronunciar una sentencia de muerte sino á media noche, en una sala sombría, negra, y en el frio de las lluviosas noches de invierno? —Pero en el mes de agosto, á las ocho de la mañana, en tan bello dia, y en las manos de estos buenos jurados.... ¡Imposible! —Y se fijaron mis ojos de nuevo en la graciosa flor que los rayos del sol bañaba.

El presidente solo habia esta-

do esperando á mi abogado; me pidió que me levantase. Echaron las tropas armas al hombro, y todos los circunstantes se pusieron en pie al instante mismo, como pudieran á impulsos de un choque eléctrico. Un hombrecillo nulo y de mal aspecto sentado á una mesa en las gradas del tribunal, probablemente su escribano, tomó la palabra, y leyó el verdicto pronunciado por los jurados en mi ausencia. Un sudor frio bañó todos mis miembros al oirlo, y tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

—Abogado, preguntó el presidente—¿Tiene usted algo que exponer relativo á la aplicacion de la pena?

¡Yo sí que hubiera tenido mil exposiciones que hacerle! Pero se me habia pegado la lengua al paladar,

y no acerté á pronunciar una sola palabra.

Se levantó mi abogado, y segun yo entendí, trató de atenuar en lo posible la declaracion del jurado, pidiendo en vez de la pena que esta provocaba, galeras perpetuas, la esperanza de cuyo logro me habia ofendido tanto.

Grande debió ser mi indignacion en aquel punto para abrirse paso por entre los millares de emociones que se disputaban mi pensamiento. Quise repetir en alta voz lo que habia dicho antes.—¡Primero mil muertes que galeras perpetuas! Pero me faltó el aliento, y solo me quedó accion para tirarle rudamente del brazo al abogado, gritando con fuerza convulsiva. — ¡No! — Y cuando el fiscal combatió las razones de la defensa, escuchaba yo las suyas

con imbécil alegría.

Salieron luego los jueces de la sala, volvieron en algunos instantes, y me leyó el presidente mi sentencia.

¡Condenado á muerte! gritó el gentío; y al conducirme á la puerta se agolpó el pueblo todo hácia mí, con el estruendo de un edificio que se desploma.

Yo iba por mi parte ébrio y distraido, como si una revolucion completa acabase de trastornar todos los elementos de mi existencia. Hasta entonces habia yo sentido mi propia respiracion, los latidos de mi pecho, y me parecia vivir en el mismo medio que los otros hombres; pero desde la sentencia de muerte, una muralla formidable se habia levantado entre el mundo y yo. Las anchas y luminosas ventanas de la sala, el resplandeciente sol que la

bañaba, el matinal y puro y despejado cielo, la linda flor amarilla, todo se habia vuelto blanquizco y pálido á mi vista, todo del color de los lienzos sepulcrales. Los hombres, las mugeres y los niños que me impedian el paso, me parecian otras tantas fantasmas.

Al entrar en un carruage negro, súcio, y asegurado con rejas de hierro, que me esperaba al pie de la escalera, volví casualmente la vista hácia la plaza. — ¡Un reo de muerte! gritaba la multitud corriendo á verme; y por entre la nube que me parecia separar de mí todas las cosas, observé que me miraban dos muchachas ansiosamente, y oí que la mas jóven exclamó palmoteando— ¡Bueno! ¡Para de aqui á mes y medio!

III.

¡Condenado á muerte!—¿Y por qué no? Me acuerdo de haber leido en cierto libro, que no tenia mas que aquello bueno, *que todos los hombres están sentenciados á muerte con plazos indefinidos.* ¿En qué, pues, se ha cambiado mi situacion?

Desde el momento en que se pronunció mi sentencia ¡cuántos no habrán muerto ya que se preparaban para una larga vida! ¡Cuántos se me habrán anticipado que, jóvenes, libres y sanos, pensaban ir tal dia á ver caer mi cabeza en la plaza de Grève!— ¡Cuántos de aquí allá, que andan y respiran ahora libremente, que entran y salen á su gusto, se me habrán tambien anticipado!

Y ademas, ¿qué pierdo yo con

perder la vida? Los dias oscuros y el pan negro del calabozo; la racion de calducho que me sacan del cubo de los galeotes; verme maltratar á cada instante, yo que habia tenido una educacion culta y esmerada; sufrir de continuo la brutalidad de carceleros y migueletes; no poner la vista jamas en un ente humano que me crea digno de una palabra suya, ni quiera escuchar las mias; temblar incesantemente de lo que he hecho y de lo que van á hacerme: he aqui sobre poco mas ó menos los bienes que me arrancará el verdugo.

¡Ah! ¡No importa, siempre la muerte es horrorosa!

IV.

El carruage negro me trajo aqui; al odioso Bicêtre (1).

Visto desde lejos no le falta magestad á este edificio, que se despliega en el horizonte al frente de una colina, conservando en la distancia parte de su antiguo esplendor, y algun aire todavía de palacio régio. Pero á medida que se vé mas de cerca, el alcázar se vuelve hospicio, y no halla mas el observador que carcomidos y apiñados ornatos. Yo no sé por qué han de parecer siempre tan pobres y repugnantes estas

---

(1) Antiguo palacio, reducido en el dia á cárcel y hospital de lunáticos. (*Nota del Trad.*)

fachadas de los palacios antiguos; no parece sino que sus paredes están cubiertas de lepra. Ya no hay ni vidrieras ni cristales en las ventanas, pero las cruzan en su lugar inmensas barras de hierro, por las que se descubre de cuando en cuando el semblante de un loco ó de un galeote.

He aqui la vida vista de cerca.

V.

Apenas hube llegado se apoderaron de mí las férreas manos de los Haveros, y no me dejaron ni cuchillo, ni aun tenedor para comer. Tambien me pusieron la *camisola de fuerza*, especie de saco de fortísima lona, que sujeta los brazos y el movimiento de los otros miembros. Multiplicaron asi las precauciones co-

mo responsables que eran de mi vida. Yo habia apelado; la decision del tribunal de apelaciones podia tardar seis ó siete semanas; era pues menester en este intervalo conservarme sano y salvo para la guillotina.

Los primeros dias me trataban con una dulzura horrorosa, que siempre huelen á cadalso las consideraciones del carcelero. Afortunadamente al cabo de poco tiempo recobró su imperio la costumbre, y me confundieron en su brutalidad comun con los otros presos, sin acosarme mas con aquella urbanidad insólita que me estaba continuamente poniendo el verdugo delante de los ojos. Ni fue esta la sola mejora que experimenté en mi suerte. Mi juventud, mi docilidad, las atenciones del capellan de la casa, y sobre todo algunas palabras latinas que dirigí al alcaide,

que no las entendia, me abrieron el paseo una vez á la semana como á los otros infelices, é hicieron desaparecer la camisola que me tenia paralizado. Tambien me han concedido, aunque no de muy buena gana, tinta, papel, plumas, y una lamparilla por las noches.

Todos los domingos despues de misa me sueltan en el prado á la hora de la recreacion. Alli hablo con los presos. ¡Con alguien habia de hablar! y no son malas gentes los miserables. Ellos me cuentan sus hazañas, que horrorizarian á cualquiera, pero de que ellos se vanaglorían. Tambien me enseñan su dialecto, *hablar caló*, como ellos dicen. Es esta una lengua injerta en la comun, una excrecencia repugnante, una especie de verruga. Tiene á veces singular energía y horroroso colorido:

derramàr moscatel por el camino, quiere decir teñirlo de sangre: *casarse con la viudita*, morir ahorcado, como si fuese la cuerda esposa de cuantos finan en ella. La cabeza de un ladron tiene dos nombres: *universidad*, cuando medita, prepara, y aconseja el crímen: *zoquete*, cuando la corta el verdugo. Algunas veces aparece tambien el espíritu cómico en esta algarabía. *Chal de osista*, significa la cesta de un trapero: *la mentidora*, la lengua; pero generalmente no se compone mas que de palabrotas raras, misteriosas, feas y sórdidas, que no se sabe adonde han nacido. Dicen *buchí*, al verdugo; *parné*, al dinero; y llaman *placarda* á la plaza de Grève, ó de los ajusticiados. Parece hecho el idioma de zapos y de arañas, y piensa el que lo oye que se halla rodeado de al-

guna cosa súcia y polvorosa, ó que le sacuden en los ojos un lio de trapos de un hospital.

Pero á lo menos los hombres que lo usan me compadecen, y son los solos de quien puedo decir otro tanto. Los carceleros, los llaveros y criados (no porque les guarde rencor), hablan y se rien de mí, delante de mí mismo, como si no fuese yo mas que una *cosa*.

VI.

Me he dicho á mí mismo:

Puesto que tengo lo necesario para escribir; ¿por qué no hacerlo? ¿pero qué puedo escribir? Metido entre cuatro paredes de piedra desnuda y fria, sin libertad para mover los pies, sin horizonte en que recrear la vista, siguiendo maquinal-

mente por única distraccion el giro lento de un óvalo blanquecino que la claraboya del calabozo pinta de dia en la pared opuesta, y como decia poco há, siempre solo y cara á cara con una idea, ¡idea solitaria tambien, de crímen y de castigo, de asesinato y de muerte! ¿qué tendré yo que decir, yo que nada mas tengo que hacer en este mundo? ¿qué podré yo encontrar en mi cerebro marchito y vacío que merezca trasladarse al papel?

Pero ¿por qué no? Si todo me parece en derredor monótono y descolorido, ¿no hay dentro de mí mismo una tempestad, una lucha, una sangrienta tragedia? Esta idea fija que me posee, ¿no se me presenta cada hora y aun cada instante con formas nuevas, mas y mas espantosas y cadavéricas, á medida que se va

cumpliendo el fatal plazo? ¿Por qué no he de probar, si puedo explicarme á mí mismo, el terror y la violencia del abandono en que estoy? Asunto rico es el mio, y por mucho que me abrevien la vida todavía la han de llenar desde esta hora á la última, agonías, horrores y tormentos bastantes para gastar la pluma y agotar el tintero que me han dado. — Ademas, puede que observando mi propio martirio le mitigue un poco, distrayéndome quizás al bosquejarlo.

Y puede que tampoco sean del todo inútiles mis borradores. Un diario de tantos sufrimientos hora por hora, minuto por minuto, suplicio por suplicio, si tengo fuerza para seguirlo hasta donde su continuacion me sea *físicamente* imposible; la historia, por necesidad inconclusa, pe-

ro tan completa cuanto me sea dado hacerla, de todos mis sentimientos en estas horas de amargura, ¿no llevará consigo una terrible y profunda doctrina? ¿No se encontrarán en este proceso verbal de la razon agonizante, en esta progresion ascendente de penas, en esta especie de autopsia mental de un reo de muerte, provechosas lecciones para los que condenan? ¿Quién sabe si mi leyenda les detendrá alguna vez la mano cuando vayan á lanzar una cabeza que raciocina, una cabeza humana, en lo que ellos llaman la balanza de la justicia? Quizás no habrán jamas reflexionado en la sucesion lenta de martirios y aflicciones que arrastra en pos de sí la sucinta fórmula de una sentencia de muerte. Quizás nunca se han parado á considerar que hay una inteligencia

en el hombre que matan; una inteligencia que contaba con la vida; un alma que no estaba preparada para la muerte. Pero no, no ven ellos en la sentencia mas que la caida vertical de una cuchilla, y piensan indudablemente que no hay para el pobre reo ni angustias anteriores, ni otras mas allá del patíbulo.

Mis escritos los desengañarán. Tal vez saldrán á la luz algun dia, y detendrán por un momento el ánimo de los legisladores sobre los padecimientos del ánimo; porque estos son de los que ellos no se acuerdan, vanagloriándose de saber matar sin que el cuerpo apenas sufra. ¿Pero por ventura acaba aqui la humanidad sus funciones? ¿Qué son los dolores físicos comparados con los morales? ¡O triste y malhadada legislacion!— Pero vendrá el dia, y quizás estos

papeles, últimos confidentes de un desgraciado, contribuyan á su gloria, en que....—

Si el viento no los echa despues de mi muerte por los prados y por los lodazares en pequeñas fracciones, ó si no van á podrirse con la lluvia pegados á las rotas vidrieras de un carcelero.

VII.

Si fuesen mis escritos algun dia útiles á otras personas, si detuviesen la voz del juez en el acto de pronunciar la sentencia, si salvasen algunos desgraciados, inocentes ó criminales, de la agonía en que estoy yo sumergido, ¿de qué me servirian á mí? — ¿Qué objeto podrian llenar? ¿Qué me importaria su resultado? Cuando el hierro de la justi-

cia haya herido mi cabeza, ¿qué daño podrán hacerme con cortar otras? — ¿Cómo habré yo podido caer en semejantes delirios? ¿A qué demoler el cadalso despues de perecer en él? Otra vez y otra me pregunto á mí mismo, ¿que sacaré yo de tal victoria?

El sol, la primavera, los floridos campos, las aves saludando el dia, las nubes, los árboles, la lluvia, la naturaleza, la libertad, la vida, todo se acaba para mí. A mí, sí. ¡A mí mismo es á quien yo deberia salvar!

Pero ¿es cierto que no podré lograrlo, que habré de padecer mañana ó quizás hoy, que no hay humano remedio? ¡Dios de misericordia!!! ¿Y no me desbarato la frente contra las paredes del calabozo?

VIII.

Veamos lo que me queda de vida:

Tres dias de detencion despues de pronunciada la sentencia, para apelar de ella.

Ocho dias de olvido en la barra del tribunal de primera instancia, despues de lo cual se envian al ministerio de justicia los *documentos* ó los *expedientes*, como ellos dicen.

Quince dias mas esperando en casa del ministro, que ni sabe siquiera que los tiene alli, pero que, no obstante, se supone que los manda, despues del debido exámen, al tribunal de apelaciones.

En este se clasifican, archivan y numeran; porque hay gentío para la guillotina, y es menester que cada uno pase á su vez.

Quince dias de exámen y vigilancia para que no se hagan al reo ni agravios ni favores.

En fin, se junta el tribunal, regularmente en jueves, desecha veinte apelaciones en masa, lo envia todo al ministro, el ministro al procurador general, y el procurador general al verdugo. Tres dias.

En la mañana del cuarto, dice entre sí el sustituto del procurador general, al añudarse la corbata: pues señor, es menester acabar el negocio este. Entonces, si el sustituto del escribano del tribunal no está almorzando con algunos amigos, ni tiene otra cosa que se lo impida, se redacta la orden para la ejecucion de la sentencia, se corrige despues, se pone en limpio y se remite; y desde el amanecer del otro dia se oyen clavar y ajustar maderos en la pla-

za de Grève, y dar alaridos por las esquinas los roncos pregoneros.

Total como mes y médio. — ¡Tenia razon la niña aquella!

De estas seis semanas, hace ya lo menos cinco, ó quizás seis (porque no me atrevo á contarlas), que me hallo aquí en un nicho de Bicetre, y me parece que no han pasado tres dias: jueves era cuando me trajeron.

IX.

Acabo de hacer testamento.

¿Y para qué? — A mí me han condenado en costas, y cuanto tengo apenas alcanzará para pagarlas. Cuesta muy cara la guillotina.

Yo dejo una madre, una esposa y una niña.

Una niña de tres años, cariñosa, amabilísima, muy delicada, con o-

jos negros rasgados, y cabellos castaños.

Dos años y un mes tenia cuando la ví la última vez.

Asi quedarán á mi muerte tres mugeres sin hijo, sin padre y sin esposo. Tres huérfanas de diferente especie, tres viudas que la ley ha hecho.

Yo admito que mi castigo sea justo. Pero estas inocentes ¿en qué han delinquido? ¡No importa! Las leyes las deshonran y las arruinan.

Poco me inquieta la suerte de mi anciana madre; ya tiene la pobrecita 64 años, y seguramente morirá de pesar: ó si acaso va tirando unos cuantos dias, con tal que no le falten en el brasero algunas cenizas calientes, á nadie incomodará, ni despegará sus labios hasta la última hora.

Tampoco mi muger me desazona. Su salud estaba ya muy quebrantada, y su razon habia sufrido golpes muy acerbos. Tambien morirá.

—A lo menos si no pierde completamente el juicio, porque eso dicen que prolonga la vida. Mas la inteligencia no sufre entonces, sino que duerme y vive amortecida.

Pero mi niña, la hija de mis entrañas, la pobre Mariquita, que juega, canta y rie en este instante mismo, sin dolor y sin temores.... ¡esa sí que me hace padecer!

X.

He aqui la descripcion de mi calabozo.

Ocho pies cuadrados entre cuatro paredes de piedra, que se alzan en ángulos rectos al rededor de un sue-

lo de losas, algo elevado sobre el nivel del corredor exterior.

A la derecha de la puerta conforme se entra hay una especie de nicho, ó sea remedo de alcoba, á donde echan un lio de paja, en que se supone que duerme y descansa el preso, sin mas vestido que un pantalon de lienzo y una chaquetilla de terliz, tanto en invierno como en verano.

Se levanta por encima en guisa de techo una bóveda, de que cuelgan espesas telarañas en la forma de andrajos y girones.

No hay ventana ni aun claraboya alguna, pero sí una puerta en que el hierro oculta la madera.

Me equivoco: en medio de la puerta hácia la parte superior, se vé una abertura de ocho ú nueve pulgadas cuadradas, con su enrejado de

hierro, que el carcelero puede cerrar por las noches.

El exterior se compone de un corredor bastante largo, aireado é iluminado por algunas estrechas claraboyas abiertas cerca del techo, y dividido en varios compartimientos de mampostería, que se comunican entre sí por una série de puertas bajas y arqueadas; cada separacion de estas sirve, por decirlo asi, de antesala á un calabozo como el mio, en que ponen comunmente á los presos condenados por el director de la cárcel á castigos particulares merecidos por su mala conducta; pero los tres primeros están reservados para los reos de muerte, por su proximidad á la habitacion del carcelero, y serles por lo tanto mas cómodos.

Estos calabozos son lo solo que

queda del antiguo palacio de Bicetre, tal cual le edificó en el décimoquinto siglo el cardenal de Winchester, el que mandó quemar á Juana d'Arc. Asi á lo menos se lo oí decir el otro dia á unos *curiosos* que vinieron á verme en mi cueva, y me estuvieron examinando desde lejos como á uno de los animales feroces de la casa de fieras. Esta visita le valió un duro al carcelero.

Se me olvidaba decir que hay dia y noche un centinela á la puerta de mi calabozo, y que no puedo levantar los ojos hácia la claraboya cuadrada, sin encontrar los suyos siempre fijos sobre mí.

Con todo, se supone que hay luz y aire en esta jaula de piedra.

XI.

Puesto que no viene el dia, ¿qué podré hacer de la noche? Dudando en esto se me ocurrió la idea de llevar la lamparilla alrededor de las cuatro paredes de mi celda, que están todas cubiertas de escritos, dibujos, figuras grotescas, y nombres que se mezclan y borran los unos con los otros. No parece sino que cada reo ha querido dejar aqui, á lo menos, algunas huellas de su existencia. Hay letras y rasgos diversos de lapiz, de yeso y de carbon; caractéres negros, blancos y pardos, y frecuentes y profundas incisiones en las piedras, y de cuando en cuando signos y palabras enmohecidas como si se hubieran escrito con sangre. Si mi ánimo estuviese mas libre, cier-

tamente me interesaria este libro singular, que presenta una página á mi vista en cada piedra del calabozo. Entonces trabajaria en formar un todo de estas fracciones del pensamiento, esparcidas por las losas; en encontrar en cada signo el hombre que le habia formado; en volverle vida y sentido á estas inscripciones mutiladas, á estos despedazados trozos, á estas palabras truncadas, cuerpos sin cabeza, como los que las han escrito.

A la altura de mi cabecera hay dos corazones inflamados con una saeta que los atraviesa, y escrito sobre ellos: *amor para toda la vida.* El infeliz que los dibujó nó se comprometia por mucho tiempo.

Al lado se vé una especie de sombrero de tres picos con una cara groseramente delineada por debajo,

y las palabras: *¡viva el emperador!* —1824.

Siguen otros corazones inflamados con esta inscripcion, característica en una cárcel: *yo amo y adoro á Mateo Dauvin*; JACOBO.

En la pared de enfrente se lee el nombre *Papavoine*. La *P* mayúscula está bordada de arabescos y rasgueada con mucho primor.

Se halla despues una estrofa de una cancion obscena.

Sigue el gorro de la libertad profundamente esculpido en la piedra, y estas palabras: — *Bories* — *¡La república!* — Este era uno de los cuatro sargentos de la Rochela. ¡Pobre jóven! ¡Qué terribles exigencias políticas! Por una idea, por un sueño, por una abstraccion, ¡la espantosa realidad que llaman guillotina! —¡Y yo me quejo! ¡Yo, desdi-

chado de mí, que he cometido un verdadero crímen, yo que he derramado la sangre de mi semejante!

¡Pero finalizó mi escrutinio!—Acabo de ver en el rincon del cuarto dibujada con yeso una imágen espantosa: la imágen de aquel patíbulo que tal vez á estas horas están levantando para mi.—La lámpara casi se me desprendió de las manos.

XII.

Volví á sentarme precipitadamente en la paja apoyando la cabeza sobre las rodillas, hasta que se fue disipando el pueril miedo que me habia sobrecogido; entonces cedí de nuevo á la estraña curiosidad de continuar la leyenda de las paredes.

Al lado del nombre de Papavoine arranqué una enorme telaraña cargada

de polvo y extendida por el ángulo de las dos paredes, y hallé debajo de ella cuatro ó cinco nombres del todo inteligibles, entre otros de que solo quedaban algunas líneas confusas.—Dautun, 1815.—Poulain, 1818.—Juan Martin, 1821.—Castaing, 1823.—¡Qué lúgubres recuerdos despertaron estos nombres en mi mente! Dautun, el que descuartizó á su hermano, y andaba en Paris por la noche echando la cabeza en una fuente, y los cuartos por las cañerías: Poulain, el asesino de su esposa: Juan Martin, el que mató á su padre de un pistoletazo en el instante en que abria el anciano la ventana: Castaing, aquel médico que envenenó á su amigo, y que asistiéndole en la última enfermedad que él mismo le habia causado, en vez de remedios le administraba nueva ponzoña; y des-

pues de todos Papavoine, ¡el lunático atroz que mataba los niños acuchillándoles la cabeza!

¡He aqui, exclamaba yo., al paso que un escalofrio como el de la terciana circulaba por mis venas, —he aqui los moradores que han habitado antes que yo en esta mazmorra! ¡Aqui, sobre la misma losa en que yo estoy, han pensado sus últimos pensamientos estos hombres de muerte y de sangre! ¡Aqui, por estos muros, y en este cuadro estrecho han dado sus últimos pasos, y por aqui se han revolcado como fieras indómitas! ¡A cortos intervalos se han sucedido por cierto: quizá este calabozo jamas se desocupa! El sitio le han dejado caliente todavía, y á mí, es á quien se lo han dejado. ¡Yo iré á mi vez á juntarme con ellos en el cementerio de Clamart, á don-

de crece tan bien la yerba.

Yo no soy visionario ni supersticioso; es probable que estas ideas me originasen un acceso de calentura, porque mientras me hallaba reflexionando en ellas me pareció que á deshora relumbraban los nombres fatales que acababa de leer, escritos con fuego sobre las negras paredes del calabozo; un retintin cada vez mas precipitado me resonó en el oido; una luz encarnadiza llenó mis ojos; y creí ver el calabozo ocupado por hombres estraños que llevaban las cabezas en la mano izquierda y agarradas por la boca por carecer de cabellos. Todos á una me amenazaban con el puño cerrado de la otra mano, escepto el parricida. Cerré los ojos horrorizado; pero los via entonces aun mas distintamente.

Fuese este sueño vision ó realidad,

yo hubiera perdido el juicio, si una impresion súbita no me hubiese despertado á tiempo. Estaba ya desfallecido y para caer al suelo, cuando sentí arrastrarse por mi desnuda pierna un vientre frio, suspendido de muchos pies vellosos: los de la araña que acababa de desalojar, y que se iba huyendo.

Esto me volvió en mí — ¡O qué espectros tan horrorosos! — pero no; seria solo un humo, una fantasma, hija de mi cerebro vacío y convulsivo, una quimera semejante á las de Macbeth. Los muertos todos están muertos, y aquellos con particularidad. — Son muy fuertes los candados del sepulcro; y no es prision la huesa de que puede nadie escaparse. — ¿Cómo, pues, he podido acobardarme tanto?

La puerta de la tumba no se abre por la parte interior.

XIII.

He presenciado en estos últimos dias una escena lastimosa.

Antes de salir el sol, ya se oia por toda la cárcel un ruido extraordinario. Se abrian y cerraban repetidamente sus pesadas puertas; rechinaban los cerrojos y férreos candados en todas direcciones; repiqueteaban chocándose entre sí los manojos de llaves, desde las cinturas de los carceleros; temblaban de alto á bajo las escaleras á impulsos de precipitados pasos; y se llamaban y se respondian roncas voces á los estremos de los corredores. Mis vecinos de calabozo, los presos penitenciados, parecian mas alegres que de costumbre; todo Bicetre, en fin, estaba cantan-

do, riendo, corriendo y dando voces.

Yo, solo mudo en medio de tanta algazara, solo ente inmoble en medio de tal tumulto, escuchaba admirado y atento, hasta que pasó un carcelero, á quien me aventuré á preguntar si era dia de fiesta en la cárcel. —»¡Fiesta si se quiere!"—me respondió—»porque es hoy cuando se hierran los forzados que salen mañana para Tolon. Si gusta vd. de verlo se divertirá bastante."

En efecto, para un recluso solitario no dejaba de ser buena fortuna la de poder ver un espectáculo cualquiera, por odioso que fuese; y asi acepté el convite.

El carcelero, despues de tomar las precauciones de estilo para asegurarse de mi persona, me llevó á una especie de celdilla absolutamente vacía con una reja de hierro á la altura re-

gular, por la que se via el cielo real y verdaderamente.

—»Vaya"—me dijo—»desde aqui podrá vd. ver y oir cuanto pase, y estará vd. solo en su palco lo mismo que el rey."—Con estas palabras me dejó en el nicho, echándole luego llaves, candados y cerrojos. Caia mi ventana á un patio cuadrado bastante grande, en derredor del cual se elevan por los cuatro lados otros tantos muros de piedra de seis pisos cada uno. No puede imaginarse punto de vista mas degradado, triste y desnudo que el de esta cuadruple fachada, llena toda de rejas de hierro, á las que estaban apiñados centenares de rostros pálidos y ojerosos, y puestos en pila unos sobre otros, ó por decirlo asi, engastados en las barras de hierro de las ventanas. Estos eran los de los presos,

espectadores de la ceremonia, mientras les llegaba el turno de ser actores de ella. Podian compararse á otras tantas almas en pena, subidas sobre los fogones del purgatorio que caen á los infiernos.

Todos esperaban silenciosamente, mirando con atencion hácia el patio, todavía vacío; pero de cuando en cuando, entre aquellas caras apagadas y melancólicas, se vian centellear como puntos de fuego, algunos ojos penetrantes y vivos.

El cuadrado de prisiones en que está el patio circunscripto, no es exactamente completo. Uno de los cuatro lados del edificio, (el que mira al oriente) está cortado por el medio, y le unen al inmediato fuertes rejas de hierro, que dan á otro patio mas pequeño, tambien rodeado de paredes, rejas y ornatos negruzcos. Al re-

dedor del patio principal hay ciertos poyetes ó bancos de piedra con las paredes por respaldo; y en medio, una barra de hierro doblada como los báculos, de la que se cuelga el farol.

Al dar las doce se abrió de repente cierta puerta cochera bastante grande oculta por un receso de la pared, y salió pesadamente y con ruido de hierros un carro acompañado de varios como soldados, súcios y de mal aspecto, con uniformes azules, ginetas encarnadas, y bandoleras pajizas; estos eran los guardias que llaman de la chusma, con las cadenas para los forzados.

En el mismo instante, como si el ruido del carro hubiese despertado todo el estrépito de la cárcel, los espectadores hasta entonces inmobles y callados de las ventanas, levantaron

una alta y alegre vocería y prorrumpieron en amenazas é imprecaciones mezcladas de cantares y de risotadas, que hubieran acongojado á cualquiera. Parecia que se asomaban por las rejas las máscaras de los condenados: en cada rostro apareció un gesto; todos los puños salieron cerrados de las barras de hierro; las voces todas ahullaron, y llameaban centelleantes todos los ojos. Causaba espanto ver encenderse tantas chispas en aquellas cenizas.

Los cabos de las galeras, entre quienes se distinguian por sus vestidos limpios y su miedo, algunos curiosos de Paris, se pusieron tranquilamente á cumplir con su obligacion. Uno de ellos se subió al carro para dar á sus camaradas las cadenas, collares de camino, y lios de pantalones de lienzo que en él habia; y repartién-

dose luego el trabajo, se fueron algunos á un rincon del patio á estender las enormes cadenas (que llamaban *algodones* en su dialecto), desliaron otros en las losas sus *tafetanes*, esto es, las camisas y pantalones, mientras examinaban los mas espertos á la vista del capitan, vejezuelo chiquitin y fornido, los collares de hierro que probaron despues uno á uno, haciéndolos chispear en las piedras. A cada movimiento resonaban las aclamaciones burlescas de los presos, las cuales se perdian á veces en las ruidosas carcajadas de los forzados, para quienes se preparaban los hierros, y que se vian en las ventanas de la cárcel antigua que cae al patio pequeño.

Acabados ya los preparativos, un caballero cubierto de bordaduras de plata, á quien llamaban *Señor ins-*

pector, dió sus órdenes al *director* de la cárcel, y he aqui que dos ó tres puertas empezaron á vomitar en el patio casi simultáneamente y como á borbotones, nublados de hombres repugnantes, ahulladores y andrajosos. Estos eran los forzados.

A su entrada se redoblaron los gritos de alegría de las ventanas, saludando en general á todos los galeotes, y distinguiendo á los grandes hombres del presidio por medio de aclamaciones y aplausos especiales, que recibian ellos con una especie de modestia altiva. Muchos venian adornados con gorras hechas por ellos mismos de la paja del calabozo, y formadas grotescamente, á fin de que en las ciudades por donde pasaran pudiese el sombrero llamar la atencion á la cabeza que le llevaba. Los que asi venian, gozaban dobles aplausos; y

uno particularmente fue acogido con tumultuoso y singular entusiasmo. Era este un mozo como de diez y siete años, con tan bellas facciones, que las hubiera envidiado una niña de la misma edad. Acababa en aquel momento de salir del calabozo, donde habia estado ocho dias sin comunicacion; y de la paja de la cama se habia hecho un vestido que le cubria desde los pies hasta la cabeza. No contento con esta distincion, entró en el patio dando vueltas de campana con la agilidad de una serpiente. Habia sido volatin, é iba condenado por robo. Parecia que se hundia Bicetre, segun el ruido de las palmadas y de las congratulaciones. Los galeotes respondian con igual bulla; y angustiaba el corazon aquel cambio de alegrías entre los presidarios en propiedad y los aspirantes al presi-

dio. En vano estaba allí la sociedad representada por los carceleros y amedrentados curiosos; el crímen se burlaba de ella cara á cara, y convertia aquel castigo horrible en festividad doméstica.

A medida que los forzados iban llegando, se les conducia por entre dos líneas de soldados al patio de las rejas, á donde les esperaba la visita de los médicos. Allí hacian todos el último esfuerzo para evitar el viaje, alegando alguna enfermedad: los ojos malos, una pierna coja, ó mano mutilada; pero casi siempre se les encontraba hábiles para las galeras, y cada cual se resignaba como podia, los mas con indiferencia, y olvidando en pocos minutos su pretendida enfermedad crónica.

Acabada la visita se abrió de nuevo la reja del patio chico, y un ca-

bo pasó lista por orden alfabético. Salieron individualmente y fueron á alinearse los forzados á un rincon del otro patio, uno á uno y junto al compañero que la casualidad de su letra inicial le habia deparado. Asi cada hombre se ve alli reducido á sí mismo, cada hombre lleva por sí su cadena, pero al lado de un desconocido; y si por acaso tuviese el presidario un amigo, la cadena se lo separaria. ¡Ultima de las miserias!

Cuando habria ya como treinta galeotes, se volvió á cerrar la reja, y los alineó un cabo con el baston, echando delante de ellos camisas, chaquetas y pantalones de lienzo crudo; y haciendo despues una señal empezaron todos á desnudarse. Un incidente inesperado vino entonces, como al propósito, á cambiar esta humillacion en tormento.

Habia estado el tiempo bastante bueno toda la mañana, y si el viento resfriaba el aire, tambien razgaba de cuando en cuando las nebulosidades blanquecinas del cielo, dejando paso á los apetecidos rayos del sol. Pero apenas se habian quitado los presidarios sus andrajos, y en el instante mismo en que se ofrecian en pie y desnudos á la visita sospechosa de los guardas y á la curiosidad de los estraños que andaban al rededor de ellos para verles las espaldas (*), se oscureció el cielo repentinamente, empezó á caer un aguacero de otoño, descargándose á torrentes en el pa-

(*) Suele en Francia marcarse la espalda de los presidarios con las letras T. F., iniciales de las palabras *Trabajos Forzados*. (*Nota del traductor.*)

tio, sobre la cabeza descubierta de aquellos infelices, sobre sus miembros desnudos, y sobre los míseros vestidos que yacian arrojados por el suelo.

En un abrir y cerrar de ojos quedó el patio despejado de todo el mundo, escepto de los presidarios y de sus guardias; los curiosos de Paris fueron á refugiarse á las concavidades de los portales.

Apretaba entretanto la lluvia, y ya no se vian en el patio mas que los presidarios desnudos y heridos por el agua sobre el anegado suelo. Un triste silencio habia sucedido á sus ruidosas bravatas. Estaban todos arrecidos y dando diente con diente; las piernas como estenuadas, y temblándoles las rodillas. Era un dolor verlos cubrir los amoratados miembros con aquellas camisas empapadas, con

aquellas chaquetas y pantalones goteando. ¡Cuán preferible no hubiera sido la desnudez!

Solo un presidario, ya viejo, conservó alguna alegría en medio de tanto martirio, y dijo haciendo gestos al enjugarse el cuerpo con su mojada camisa: "*Esto sí que no estaba en el programa.*"—Y se echó á reir despues, amenazando al cielo con el puño cerrado.

Ya vestidos todos de viaje, se les condujo en bandas de veinte ó treinta al otro lado del patio, á donde le esperaban los cordones tendidos por el suelo. Se entiende por cordones largas y fuertes cadenas, añudadas transversalmente de dos en dos pies con otras cadenas mas cortas, á la estremidad de las cuales se halla suspendida una argolla ó collar de hierro, que se abre por

un lado con un gozne, y se cierra por el otro con un pasador, remachándole despues que está el collar en el cuello del galeote, quien lo lleva asi por todo el camino. Cuando se ven estos cordones extendidos se asemejan bastante á la espina dorsal de un pescado.

Mandaron luego sentar los presidarios en el fango de las inundadas losas para probarles los collares, y dos herreros de la casa, proveidos de yunques portátiles, se los remacharon á hierro frio y á grandes martillazos. ¡Momento horroroso, que hace perder el color aun á los mas osados! Cada golpe que cae sobre el yunque que tienen apoyado á las espaldas, les estremece fuertemente la barba y las mejillas; y al menor movimiento que hiciesen hácia atrás con la cabeza, el macho de

hierro les partiria el cránco como la cáscara de una nuez.

Despues de esta operacion quedaron todos los semblantes sombríos, todas las lenguas silenciosas. Ya no se oia mas que el resonar de las cadenas, y de cuando en cuando un grito, ó el ruido sordo de los bastonazos de los soldados sobre los miembros de los presidarios obstinados é inobedientes. Hubo algunos que lloraron con el mayor desconsuelo; temblaban los mas viejos y se mordian los labios; y no podian verse sin terror todos aquellos perfiles siniestros saliendo de los formidables collares de hierro.

Asi despues de la visita de los médicos vino la de los carceleros, y despues de esta el remache de los hierros. Drama de tres lastimosos actos.

En esto iluminó el patio un rayo del sol, y todos los forzados se levantaron á la vez como á impulsos de un movimiento convulsivo, ó como si su luz hubiese pegado fuego á todos los cerebros. Los cinco cordones se dieron las manos y formaron rápidamente un círculo inmenso alrededor del pilar de hierro donde el farol se cuelga, volviéndose y revolviéndose de modo que mareaba el verlos. Este que digamos baile, iba á veces acompañado de una cancion del presidio, otras de un romance en su jerga, lleno de lamentosas cadencias, ó bien de alegres y furiosas entonaciones; oíanse á intervalos gritos desentonados, y razgadas y palpitantes carcajadas que se mezclaban á las misteriosas palabras de los cantares, ó las aclamaciones furibundas con que los aplau-

dian, en tanto que el sonido á compás de las cadenas servia de orquesta á aquellas voces mas roncas que su propio rechinar. El que deseára una imágen de las fiestas nocturnas de los incubos y brujas, no pudiera hallarla ni peor ni mejor que esta.

Entró despues en el patio una grande caldera, á cuya vista rompieron los soldados á palos la danza de los galeotes, y los llevaron al rededor de ella para comer de ciertos yerbajos que andaban nadando por dentro en un líquido súcio y humeante.

Concluido el banquete echaron por el suelo las sobras de la *sopa* y del pan de municion, y continuaron su baile y música. Parece que se les deja gozar de este desahogo el dia que los hierran y la noche siguiente.

Observaba yo aquel espectáculo extraordinario con tan ansiosa curiosidad, tan atento y absorto, que no me acordaba de mí mismo. Una profunda piedad habia penetrado mis entrañas, haciéndome derramar lágrimas la risa de aquellos desdichados, cuando ví al través de la penosa distraccion á que me habia entregado, pararse de repente, y quedarse silenciosa la gritadora turba, y volverse todos los ojos á la ventana que yo ocupaba. — ¡El reo de muerte! ¡El reo de muerte! gritaron cien lenguas al mismo tiempo, señalándome todos con el dedo, redoblando su algazara y las explosiones de su contento.

Yo quedé inmoble y como petrificado, ignorando de dónde me conocian y cómo habian podido reconocerme.

¡Buenos dias! — ¡Buenas tardes! — Me decian con amarga y atroz mofa; y uno de los mas jóvenes, de rostro luciente y aplomado, condenado á galeras perpetuas, dijo mirándome con envidia. — ¡Dichoso él, que irá pronto á la *éne!* ¡A Dios, camarada!

Imposible me seria pintar lo que pasaba en mi interior. — ¿Por qué no habia yo de considerarme en efecto como su camarada? La plaza de Greve es hermana de Tolon (*), y en caso de duda aun mas bajo estaba yo que ellos. ¡Demasiado me honraban llamándome su camarada! En-

(*) En la plaza de Greve se ejecutan las sentencias de muerte, y en Tolon está el presidio de los galeotes. (*Nota del traductor.*)

tretanto temblaba todo mi cuerpo de escalofrios.

¡Su camarada! ¡En algunos dias mas yo les hubiera servido á ellos de espectáculo.

Seguia yo yerto, inmoble, y como fuera de mí en la ventana. Pero cuando ví los cinco cordones formados adelantándose hácia mí con palabras de una cordialidad infernal; cuando oí el estruendo tumultuoso de sus cadenas, pasos y clamores, debajo ya de la reja, pensé que una legion de furias del abismo escalaba mi nicho miserable; lancé un grito de horror y me arrojé despavorido contra la puerta con violencia bastante para romperla; pero estaban echados los cerrojos por fuera. En vano golpeaba y llamaba al alcaide con voz frenética; no habia medio de escaparse. Creí luego oir mas cercanas las

voces de los forzados; me pareció que ya se vian sus horribles cabezas al borde de la ventana; dí otro grito en mi agonía, y caí por tierra desmayado.

XIV.

Cuando volví en mí era ya de noche, y me encontré acostado en una carriola. Habia otras muchas alineadas á los dos lados de la mia, que pude percibir á la luz de un farolillo colocado en la plataforma. Esto me hizo suponer que me habian conducido á la enfermería.

Continué despierto por algunos instantes, pero sin pensamiento y sin recuerdos, entregado completamente á la dicha de verme en una cama. En otros tiempos al mirar el lecho del hospital de una cárcel,

hubiera por cierto retrocedido lleno de asco y de compasion; pero ya no era yo el mismo hombre. Las sábanas estaban casi negras; el cobertor agujereado y carcomido por todas partes; y la paja saliéndose á través del colchon: mas ¿qué importaba todo eso? Al fin podian mis miembros extenderse á sus anchuras entre aquellos lienzos groseros; y se disipaba tambien poco á poco bajo aquel delgado cobertor el penoso frio de los tuétanos que se adquiere en las prisiones.—Tanta comodidad no tardó en reconciliarme el sueño.

Apenas amanecia, me desperté al bullicio estrepitoso que sonaba por la parte exterior del edificio; y como estuviese mi cama al lado de la ventana, me repuse un poco para ver lo que era.

Se descubria desde ella el patio

grande de Bicetre, lleno de gentes, por entre las cuales con infinito trabajo abrian dos líneas de soldados un estrecho camino que le atravesaba. Marchaban los soldados lentamente hácia la puerta, á los lados de cinco carros largos cargados de hombres, y traqueteando rudamente por cuantas piedrezuelas encontraban. Esta era la partida de los forzados.

Iban los carros descubiertos, y cada cordon en uno de ellos. Habian sentado á los galeotes en los bordes lateralmente, y dándose las espaldas, separados empero por la cadena comun, que se extendia á lo largo del carro, y cuyo último eslabon llevaba un miguelete armado. Se oian con el movimiento crugir los hierros, y á cada vaiven del carruage se sacudian tambien las cabe-

*

zas de aquellos desgraciados, y balanceaban de un lado para otro las piernas, que llevaban colgando.

Una lluvia fina y penetrante helaba el aire, y les pegaba á las rodillas los pantalones de lienzo de grises, ya vueltos negros. Goteábanles hilo á hilo las crecidas barbas y cabellos; llevaban las caras amoratadas, y temblaban, y daban diente con diente de frio y de indignacion. ¿Pero de qué les servia su ira, privados ya de todo libre movimiento? Despues de estar remachado á la cadena, no puede el hombre contarse mas que como una fraccion de aquel todo execrable que llaman *cordon*, y que se mueve como un solo individuo. Debe alli abdicar la inteligencia condenada á muerte por el collar de las galeras, y ni aun al animal mismo le es permitido tener en

adelante necesidades ni apetitos, á otras horas que las que el reglamento ha fijado de antemano. Asi inmobles, la mayor parte medio desnudos, con la cabeza descubierta y los pies colgando, empiezan su viaje de veinte y cinco dias, cargados en las mismas carretas, vestidos con los mismos trajes, en el sol vertical de julio, ó en las lluvias frias de noviembre. ¡No parece sino que los hombres quieren poner al cielo aparte, cuando emprenden el oficio de verdugos!

Yo no sé cómo se habria comenzado una especie de odioso diálogo entre los presidarios y el gentío; pero se oian injurias de una parte, bravatas de la otra, é imprecaciones de ambas, cuando á una señal del capitan empezaron á llover bastonazos en las carretas, indistintamente y al

acaso, sobre cabezas y espaldas, hasta que todo entró en aquella especie de calma externa que se llama orden; pero centelleaban venganza los ojos de los miserables, y encrespaban los puños cerrados sobre las rodillas.

Las cinco carretas, escoltadas de gendarmas de caballería, y de migueletes á pie, salieron sucesivamente por el alto portal de Bicetre, seguidas de otra en que tambaleaban mezcladas, ollas, vasijas de cobre y cadenas de reten para el camino. Algunos escopeteros que se habian detenido en la cantina salieron despues corriendo para juntarse á la escolta. Entonces se fue aclarando el gentío, desvaneciéndose todo aquel espectáculo como una fantasmagoría. Tambien se disipó poco á poco el ruido que las ruedas y herraduras de los caballos hacian por el camino em-

pedrado de Fontainebleau, y el chasquido de los látigos, y el retintin de las cadenas, y los alaridos del populacho que deseaba mal viaje á los galeotes.

¡Y todo esto no es para ellos mas que el principio!

—¿Qué era pues lo que me deseaba mi abogado? ¿Las galeras?— ¡Ah, sí! ¡Mil veces antes la muerte! — ¡Antes el patíbulo que el presidio! ¡Antes el exterminio que el infierno! ¡Antes entregar la cabeza á la cuchilla de Guillotin, que al collar de la chusma! — ¡Las galeras, justo cielo!

XV.

Como desgraciadamente yo no estaba malo, fue menester salir de la enfermería á la otra mañana, y vol-

vió el calabozo á apoderarse de mí.

¿Y no estaba yo malo?—En efecto, yo soy jóven, fuerte y saludable. La sangre corre libremente por mis venas; obedecen todos mis miembros los menores caprichos del deseo; tengo robustez de cuerpo y de ánimo, y me hallo constituido para una larga vida. Sí, todo esto es cierto, y no obstante me consume una enfermedad, y enfermedad mortífera, y causada por la mano de los hombres.

Desde que salí de la enfermería me está atormentando una idea cruel y capaz de volverme loco; y es que hubiera quizá podido escaparme si me lo hubiesen dejado hacer. Los médicos, las hermanas de caridad, todos parecia que se interesaban por mí. — ¡Morir tan jóven y de tal muerte! — Mucha compasion debian

haberme tenido, segun lo atentos que estaban siempre alrededor de mi cabecera.—¿Pero quién sabe?—Seria solo curiosidad.—Ellos curarán bien una calentura, pero no una sentencia de muerte. Y sin embargo ¡les hubiera sido tan fácil! ¡Una puerta abierta!.... ¿Qué habrian perdido con eso?

¡Pero ya no hay remedio! Se desechará seguramente mi apelacion porque todo está en regla; los testigos han declarado bien, los abogados han llenado su deber, y los jueces sentenciado con arreglo á las leyes. No hay esperanza ninguna á no ser que.... ¡Pero qué necedad! ¡No hay remedio!—La apelacion es una cuerda que tiene al hombre suspendido sobre el abismo, y que está incesantemente crugiendo hasta que se rompe. Es lo mismo que si el acero de

la guillotina tardára en caer seis semanas.

¿Y si me perdonára el rey?—¿Perdonarme?—¿Por la intercesion de quién? ¿Por qué? ¿Cómo? — Es imposible que me perdonen; lo impide el ejemplo, como ellos dicen.

No me quedan mas que tres pasos que dar: Bicetre, la Conserjería y la plaza de Greve.

XVI.

De las pocas horas que estuve en la enfermería, pasé una sentado al sol cerca de la ventana, ó recibiendo de él al menos, cuanto me dejaban las espesas barras de la reja.

Alli estaba yo con la frente reclinada en las palmas de las manos, los codos sobre las rodillas, y los pies en los palos del sillon; que ha-

ce el abatimiento que yo me doblegue y encorve de todos lados, cómo si no me quedáran huesos en los miembros, ni músculos en la cara.

El olor ahogado de la prision me incomodaba mas que de ordinario, me sonaban todavía en el oido las cadenas de los galeotes, y me sentia cansadísimo de Bicetre. Entonces volví mi corazon al Padre de las misericordias, pidiéndole que se apiadase de mí, y me enviara á lo menos una avecilla que me diese consuelo cantando enfrente sobre el borde del tejado. No sé si llegó mi súplica hasta los cielos, ó si algun espíritu enemigo interceptó su ascenso; pero en el mismo punto resonó una voz cerca de la ventana y no la de un pajarillo, sino las entonaciones suaves, frescas y puras de una jóven de quince años. Levanté

la cabeza como sobresaltado, y me puse á escuchar ansiosamente las coplas que cantaba. Era lánguida y lenta la música; una especie de arrullo triste y melancólico; he aqui la letra.

En la calle de la Malla
Con la ronda tropecé;
Tuluré.
Por el troncho me trincaron:
Tuluré, tulureque,
¡Al calabozo con él!
Tulurú, tulúreque, tuluré.

No puedo espresar la amargura que me causaron estas palabras, despues de haberme consentido en oir otro género de poesía. La voz continuó asi:

¡Al calabozo con él!
Tuluré.

Pusiéronme las sortijas;
El soplon llegó despues.
Tuluré.
Un jaque de muchas manos
Tuluré, tulureque,
Por el camino encontré.
Tulurú, tulureque tuluré.

Por el camino encontré,
Tuluré.
Corre, vé y dí á mi costilla,
Que aqui voy como me ves;
Tuluré.
Y ella encendida de rabia,
Tuluré, tulureque.
»¡Dime! ¿Qué has hecho, Manuel?"
Tulurú, tulureque, tuluré.

»¡Dime! ¿Qué has hecho, Manuel?"
Tuluré.
—Le quité el resuello á un hombre,
Y le eché el guante al parné.
Tuluré.

Al parné y á los relojes,
Tuluré, tulureque,
Y á las hebillas tambien.
Tulurú, tulureque, tuluré.

Y á las hebillas tambien.
Tuluré.
Se najó Paca al palacio,
A besarle al rey los pies;
Tuluré.
Y un memorial á meterle,
Tuluré, tulureque,
Pidiendo me haga merced.
Tulurú, tulureque, tuluré.

Pidiendo me haga merced,
Tuluré.
Si yo salgo de esta cárcel,
Paca mia, has de tener,
Tuluré,
Toca de felpa con blondas,
Tuluré, tulureque,

Flecos anchos de Cairel.
Tulurú, tulureque, tuluré.

Flecos anchos de Cairel,
Tuluré.
Mas dice el rey enojado
Por mi corona he de ver,
Tuluré,
Bailar sin suelo á ese tuno,
Tuluré, tulureque,
El fandango y minué!
Tulurú, tulureque, tuluré.

No oí mas, ni hubiera podido seguir escuchando. El sentido confuso de aquella queja; la lucha del salteador con el pasagero; el rufian que encuentra y envia á su muger con el espantoso mensage: he asesinado á un hombre y me hallo preso; aquella muger que corre con el memorial á palacio; la *magestad* que

se indigna y quiere hacer bailar al criminal un fandango sin suelo para ello; y todo esto acompañado de dulcísima música, y cantado por la voz mas delicada que ha hechizado jamas el oido humano.... Yo quedé estupefacto y como fuera de mí. ¡Cuán odiosas son estas palabras feroces en labios frescos y carmíneos! Parecen las huellas de la babosa sobre las hojas del capullo.

Ni podria espresar los sentimientos que me causó esta circunstancia; me era la cancion á la vez dulce y aborrecible. ¡Unir asi la jerigonza del presidio, aquella lengua sangrienta y grotesca, aquella execrable algarábía, á los tiernos acentos de una niña, transicion amable de la voz infantil á la de muger! ¡Aquellas palabras diformes y mal hechas, cantadas con tan singular delicadeza

y en acentos tan suaves y armoniosos!

¡Cuán infame es una cárcel! Todo se desgracia y envilece en ella; hay un veneno que todo allí lo marchita y contamina, hasta la voz de una niña de quince años. Si entra un pájaro por la ventana, seguramente trae lodo sobre las alas; si crece una linda flor por alguna parte de la cárcel, hiede seguramente.

XVII.

¡Ay si pudiera escaparme; cómo correria por esos campos!

Pero no se debe correr porque el hacerlo llama la atencion y despierta las sospechas. Al contrario, ir despacito, con la cabeza levantada y cantando. Tratar de hacerse con al-

gun camison azul con vivos encarnados, de esos que gastan los arrieros de las cercanías, y que disfrazan muy bien.

No lejos de Areneil conozco yo un bosque junto á una laguna, á donde iba de colegial todos los jueves á pescar ranas con mis camaradas. Allí podria esconderme hasta la noche.

Cuando estuviese ya bien oscuro, seguiria mi camino hácia Vicennes, aunque no podria hacerlo á causa del rio que atraviesa por allí. Iria pues á Arpajon.—Mejor hubiera sido echar por el lado de S. German, llegar al Havre, y embarcarme para Inglaterra.—No importa. Supongamos que llego á Longjumeau, y que pasa un gendarma y me pide el pasaporte ..... ¡perdido soy!

¡Ah triste visionario! Quebranta antes el espeso muro de tres pies que

te aprisiona. ¡La muerte! ¡La muerte sola te aguarda!

¡Cuando me acuerdo de que venia yo de muchacho aqui á Bicetre á ver la cisterna y los locos!

XVIII.

Mientras estaba escribiendo lo que antecede empezó á desmayar la luz de la lamparilla, vino el dia, y dieron las seis en el relox de la iglesia.—

¿Qué significará esto? El carcelero de guardia acaba de entrar en mi calabozo, se ha quitado la gorra, me ha saludado cortesmente, y dulcificando su ruda voz cuanto pudo, me ha suplicado disimule la molestia, preguntándome al mismo tiempo qué era lo que gustaba almorzar....

*

¡Me ha dado tal escalofrio!...—¿Si será hoy el dia destinado?...

XIX.

¡Hoy sin duda!

Hasta el mismo alcaide acaba de visitarme en persona, preguntándome en qué podria serme útil ó agradable. Me ha dicho que deseaba vivamente que no tuviese queja alguna de él ni de sus subordinados. Se ha informado con interes del estado de mi salud, y de cómo habia pasado la noche; y al despedirse me ha llamado *caballero*.

¡Sin duda es hoy mismo!

XX.

Y no cree este carcelero que tenga yo queja alguna ni de él ni de

sus súbditos.—En efecto, ¿de qué puedo quejarme? Ellos han cumplido con su obligacion, me han guardado bien, y han estado muy atentos á mi llegada y á mi partida: ¿Por qué no he de hallarme satisfecho de su conducta?

Este buen alcaide, con su sonrisa benigna, con sus palabras acariciadoras, con aquel ojo que lisongea y espía, y aquellas formidables manos, es la encarnacion misma de la cárcel; Bicetre hecho hombre. Todo es prision y cárcel al rededor mio; en todas las formas encuentro la cautividad, tanto en la humana como en las de las rejas y los cerrojos. Esta pared es la prision de piedra; esta puerta la de madera; estos carceleros la prision de carne y hueso. Es la cárcel una especie de ente horrible, completo, indivisible, mitad

casa y mitad hombre, que ha hecho presa de mí, y me cubre y añuda con todos sus pliegues; me encierra en sus paredes de granito, me guarda bajo sus candados, y me observa con sus ojos de alcaide.

¡Ah infeliz! ¿Qué va á ser de mí? ¿Qué van á hacer conmigo?

XXI.

Ya me encuentro tranquilo. Todo está acabado, y bien acabado. Ya salí de la horrible ansiedad en que la visita del alcaide me habia sumergido. Confieso que todavía conservaba alguna esperanza... pero ya, gracias á Dios, nada absolutamente espero.

He aqui lo que ha pasado.

Al dar las seis y media—Me equivoco; las siete menos cuarto.—Se

abrió de nuevo la puerta de mi calabozo, y entró en él un anciano con la cabeza blanca y una levita oscura, por debajo de la cual pude percibir la sotana y banda sacerdotales.

Como no era este eclesiástico el capellan de la casa, me pareció su visita de malísimo agüero.

Sentóse al entrar en frente de mí, y con una sonrisa benigna, y levantando las manos y los ojos al cielo, es decir, á la bóveda del calabozo, me preguntó afablemente: »¿Hijo mio, estás preparado?"

Entendí su ademan al momento, y le respondí con voz desmayada:— No señor, no estoy preparado, pero me hallo pronto.

No obstante esta respuesta, se me turbó la vista, bañó un sudor helado todos mis miembros á la vez,

sentí que se me hinchaban las sienes, y se me llenaron los oidos de una especie de ruido sordo.

Mientras vacilaba yo en la silla como dormido, hablaba el buen viejo, ó á lo menos asi me pareció que sucedia, y hasta creo acordarme de haberle visto mover los labios y las manos, y relucirle los ojos.

La puerta se abrió otra vez, y el chirrido de los cerrojos nos arrancó, á mí de mi estupor, y á él de su discurso. Se presentó en el calabozo, acompañado del alcaide, un hombre vestido de negro, y me saludó profundamente. Traia un legajo de papeles en la mano, y encapotaba su semblante no sé qué aire macilento, parecido á la tristeza oficial de los empleados en las pompas fúnebres.

—Caballero, me dijo, con una

sonrisa de urbanidad, yo soy el escribano de cámara del tribunal supremo de justicia de París, y tengo el honor de traerle á usted un mensage de parte del señor procurador general.

Ya pasado el primer choque, habia podido recobrar mi presencia de espíritu.

—¿Con que es el señor procurador general, le respondí, quien pide tan perentoriamente mi cabeza? Tengo á muchísimo honor recibir cartas de su señoría, y espero que mi muerte le causará una grande satisfaccion; porque seria duro creer que la habia solicitado con tanta ansia, y que sin embargo le era indiferente.

Despues de estas palabras le dije con voz firme. —Lea usted, caballero.

Contenian los papeles un difuso testo, que leyó el escribano cantando al fin de cada renglon, y dudando en medio de cada palabra; todo esto para negar mi apelacion.

—La sentencia se ejecutará hoy en la plaza de Greve; añadió despues de concluida la lectura, pero sin levantar los ojos de su papel sellado A las siete y media en punto saldremos para la Conserjería. ¿Tendrá usted, caballero, la bondad de acompañarme?

Ya hacia algunos instantes què yo no le oía. El alcaide estaba hablando con el sacerdote, y el escribano aun con la vista fija en el papel; yo mirando hácia la puerta, que habia quedado entreabierta.... —¡Ah infeliz! ¡Cuatró granaderos la guardaban en el corredor!

El escribano repitió entonces su

pregunta, mirándome cara á cara por la primera vez. — Cuando usted lo tenga por conveniente, le respondí; estoy muy á la disposicion de usted.

Entonces me saludó diciendo: — Yo tendré el honor de venirle á buscar á usted dentro de media hora. — Y salieron todos y volvió á cerrarse la formidable puerta.

¡Ah, si yo tuviese un medio, un modo de escaparme, Dios de misericordia! — ¡Un medio cualquiera! — ¡Es menester escaparse! — ¡Es preciso! ¡Al momento! — Por las puertas, por las ventanas, por el maderage del techo, aunque me deje la carne de mis huesos despedazada en las vigas.

¡Oh rabia! ¡Oh infierno y desesperacion! ¡Meses no bastarian para romper con buenas herramientas es-

te muro, y yo no tengo ni un clavo ni una hora!

XXII.

En la Conserjería.

Héme aqui *transferido*, como dice el proceso verbal; pero el viaje merece contarse.

Al dar las siete y media se presentó de nuevo el escribano en el umbral de mi calabozo. — Caballero, me dijo, le estoy á usted esperando. — ¡Ay de mí! ¡No venia solo!

Me levanté, dí un paso, y me pareció que no podria dar otro segun el atolondramiento de mi cabeza y la debilidad de mis piernas. A pesar de eso me repuse cuanto pude, y continué la marcha con bastante firmeza.—Antes de salir del calabozo lo miré por la última vez, por-

que le habia tomado cariño: — ademas de que le dejaba desocupado y abierto: lo que dá una estraña apariencia á un calabozo.

Pero no se quedará vacío mucho tiempo. Esta tarde, dicen los porteros, que esperan no sé qué reo, que el tribunal estará ya condenando á estas horas.

Al volver el corredor, se unió á nosotros el capellan, que venia de desayunarse; y antes de salir de la cárcel me dió el alcaide la mano afectuosamente, reforzando al mismo tiempo mi escolta con cuatro soldados.

Al pasar por la puerta de la enfermería, me gritó un viejo que estaba alli agonizando: ¡A Dios! ¡Hasta la vista!

Por fin llegamos al patio, donde pude ya respirar, y se me desahogó

un poco el pecho. Pero no gocé por mucho tiempo del aire libre. Me estaba esperando en el otro patio un carruage tirado por caballos de posta, que reconocí como el mismo que me habia traido: una especie de coche oblongo, dividido en dos secciones por una reja transversal de alambre, casi tan espesa como punto de calceta. Cada seccion tiene una portezuela, la primera delante y la otra detras del carricoche, cuyo conjunto está tan súcio, negro y polvoroso, que el carro de los pobres es en comparacion suya una carroza de gala.

Antes de sumergirme en este sepulcro ambulante lancé una ojeada al patio; una de aquellas ojeadas de desesperacion, ante las cuales parece que deberian hundirse las paredes. El patio, especie de plazoletilla con algunos árboles, estaba aun mas lle-

no de gente que el dia en que partieron los galeotes. ¡Ya empieza el populacho!

Caia al momento de mi salida una lluvia fina y helada, como la que recibieron los presidarios, que cae todavía á la hora en que estoy escribiendo, caerá probablemente todo el dia, y durará mas que yo. Los caminos estaban por consiguiente impasables, y el patio lleno de lodo y de agua. Alli me complació, á lo menos, el ver á aquella gentuza tan enfangada.

Subimos, el escribano y un gendarma en el compartimiento anterior, y el sacerdote, un gendarma y yo en el otro. Iban ademas cuatro gendarmas á caballo al rededor del carruage; de modo que, sin contar el postillon, habia ocho hombres para guardar uno.

Al subir en el carricoche le oí decir á una vejezuela con ojos grises que estaba cerca. — »Mas me gusta á mí todavía ver esto que la cadena.»

Y tenia razon. Era el mio espectáculo que se comprende mas fácilmente de una mirada, y se puede ver mucho mas pronto. Hay en él la misma belleza, y mas comodidad que en el otro. Nada distrae la atencion del espectador, porque no se vé mas que un hombre, y sobre él solo tanta miseria, tanto infortunio y amargura como afligia á todos los forzados á la vez. La sola diferencia es que está escena no está tan repartida; siendo licor concentrado de mejor paladar y carácter.

Se puso el carruage en movimiento, haciendo resonar sordamente la bóveda de la gran puerta, y entrando á galope en la alameda. Enton-

ces se cerraron detrás de nosotros los pesados portones de Bicetre.

Me sentia yo llevar con aquella especie de estupor del hombre aletargado, que no puede ni gritar ni moverse, y oye que lo están enterrando. Escuchaba maquinal y vágamente los cascabeles suspendidos al cuello de los caballos de posta, sonar en cadencia y guardando tiempo; las llantas de las ruedas rechinando por las piedras, ó hiriendo la caja al cambiar de carril; el galope sonoro de los gendarmas al rededor nuestro; el crugido del látigo del postillon; y me parecia todo como un torbellino que me arrebataba.

Por entre los hierros que cruzaban un agujero abierto á un lado del coche, se fijó acaso mi vista en esta inscripcion grabada con grandes letras sobre la puerta principal de Bi-

cetre: *Hospicio de la vejez.*

He aqui, me decia yo á mí mismo, y habrá gentes que envejezcan alli.

Y como sucede entre el sueño y la vigilia, revolvia yo en todos sentidos esta idea en mi mente amortecida de dolor. Pero súbito, al pasar el carruage de la alameda al camino real, se cambió el punto de vista de la ventanilla. Las torres de la iglesia de nuestra Señora vinieron á pintarse en ella, azules y medio borradas por la neblina de París. Y súbito cambiaron tambien las imágenes de mi ánimo, que no era yo mas que una máquina como el coche. A la idea de Bicetre sucedió la de las torres de nuestra Señora.—Los que estén en el balcon de la bandera verán muy bien, decia yo entre mí, sonriendo estúpidamente.

Entonces creo que fue cuando el sacerdote volvió á dirigirme la palabra. Yo le dejé hablar sin interrumpirlo, pero no pude entender lo que decia, hiriendo su voz mi oido como el galope de los caballos, el látigo del postillon, ú otro ruido cualquiera.

Asi escuchaba yo en silencio aquella lluvia de palabras monótonas que me adormecian el pensamiento cual pudiera el murmullo de un arroyo, y que pasaban por mi mente diversas siempre, y siempre las mismas como los torcidos olmos del camino real, cuando la voz aguda y ágria del escribano que iba delante, sonó á deshora y disipó mi distraccion.

—Y bien, señor abad, dijo en acento casi alegre: — ¿qué hay de nuevo por ahí? — Y se volvió hácia

el sacerdote al hacer la pregunta.

El capellan habia seguido hablando sin cesar, y no oiria probablemente lo que decia el escribano por estorbárselo el ruido del coche; asi no dió respuesta alguna, si no continuó tranquilamente su plática.

—¡He! ¡Hola! ¡Señor abad! gritó el escribano de nuevo, levantando la voz hasta sobrepujar el ruido de las ruedas. ¡Qué coche de los demonios! ¡De los demonios! En efecto.

Luego continuó asi:

—Este es el caos sin duda; aqui no se entiende la gente.—Pero ¿qué iba yo á decir?—Hágame usted el gusto, señor abad, de apuntarme lo que estaba diciendo:—¿sabe usted la grande noticia que corre hoy por Paris?

Yo temblé al escuchar esto, creyendo que hablaba de mí.

—No señor, le dijo el sacerdote, que al fin habia podido oirlo, no he tenido lugar para leer los papeles por la mañana. Esta noche me enteraré yo de eso. Cuando paso el dia ocupado como hoy, le encargo regularmente al portero que me guarde los papeles, y los leo al volver á casa.

—¿Cómo es eso? replicó sorprendido el escribano; imposible me parece que no lo sepa usted todavía. Pues ¡no es nada en gracia de Dios! La grande noticia que se susurra esta mañana por Paris.

Yo tomé la palabra: —A mí me parece, le dije, que la sé.

El escribano, mirándome de hito en hito exclamó: —¿Usted? Pues esto sí que es particular. —Y entonces, ¿qué le parece á usted del negocio?

—Me parece qne es usted algo curioso, le contesté.

—¿Y por qué, señor mio? replicó. Cada uno tiene su opinion política. Yo le estimo á usted demasiado para suponer que carezca de la suya. Por mi parte, le aseguro á usted francamente, que soy en un todo de dictámen de que se restablezcan las milicias urbanas. Yo era sargento de mi compañía, y en verdad que me gustaba muchísimo la ocupacion militar.

Yo le interrumpí.—No creia, dije, que se trataba de eso.

—¿Pues de qué pensaba usted que hablábamos? Usted dice que sabe la noticia.....

—Yo creia que era otra de que Paris tambien se ocupa hoy.

El imbécil no me entendió, y solo sirvieron mis palabras para des-

pertar su curiosidad.—¿Otra noticia? ¿y cómo diantres ha podido usted saberla? ¿Y cuál es, señor caballero? Háganos usted la fineza de comunicárnosla. ¿La sabe usted, señor abad? Usted estará mas al corriente que yo.—Hágame usted el obsequio, le suplico, de decirme lo que hay.—¿De qué se trata?... Porque como usted sabe, á mí me gustan las noticias para contárselas al señor presidente, que le divierten mucho.

¡Y otras mil impertinencias!—A que no respondia el sacerdote, y contestaba yo solo con un ligero movimiento de cabeza.

Pero hombre de Dios, me preguntó luego, ¿en qué vá usted pensando?

—En que ya no pensaré esta noche.

—¡Ah! era eso, replicó. ¡Vamos vamos, que está usted demasiado triste! El señor Castaing hablaba.

Y despues de un momento de silencio: —Tambien conduje yo al señor Papavoine, que llevaba puesta su gorra de hule, y se iba fumando un buen cigarro. En cuanto á los jóvenes de la Rochela, esos no hablaban sino entre ellos mismos; pero al fin hablaban.

Despues de otra pausa, continuó asi:

—Entusiastas y locos perdidos. Parecia que se tenian ellos por mas que todo el mundo. Pero usted, jóven, usted vá como la tristeza misma.

—¡Jóven! le dije, mas viejo soy yo que usted; y cada cuarto de hora que pasa me envejece de un año.

Se volvió hácia mí, me miró por

algunos instantes con una admiracion estúpida, y se puso luego á chancearse molestamente.

¡Vaya, vaya! ¡Mas edad que yo! Usted lleva ganas de reirse. Yo podria ser su abuelo.

—No tengo ganas de reirme, le respondí gravemente.

A esto abrió su caja de tabaco.

—Vaya un polvo, caballero, y no se incomode usted; un polvito, y no me guarde usted rencor.

—No lo tema usted; ni se lo podria guardar por mucho tiempo aunque quisiera.

En este instante tocó la caja que me presentaba abierta al enrejado de hierro, y á impulsos de un violento vaiven del coche, cayó á los pies del gendarma, derramándose todo el tabaco que contenia.

¡Maldito sea el alambrado! gritó

el escribano, y luego volviéndose hácia mí.

—¿Y qué dirá usted ahora? ¿No soy yo un hombre desgraciado? ¡Haber perdido todo mi tabaco!

—Mas pierdo yo que usted, le respondí sonriendo.

Entonces trató de recoger parte de los polvos murmurando entre dientes: —¡Sí, mas que yo! Todo el mundo cree que lo que él padece es lo peor.—Ya no puede uno tomar un polvo hasta estar de vuelta en Paris. ¡Me pasan á mí cosas terribles!

El capellan le dirigió entonces algunas palabras consolatorias, y fuese ó no preocupacion mia, yo creo que eran el resto de la exhortacion que habia empezado para mí. Poco á poco se fue entablando una conversacion bastante seguida entre el

clérigo y el escribano; yo les dejé hablando por su parte, y me puse á pensar por la mia.

Al llegar á las puertas, seguiria sin duda preocupado, pero me pareció que se oia en Paris mas ruido que otras veces.

El coche se paró un momento delante del portazgo, de donde salieron los guardas para registrarlo. Si hubiese llevado dentro un carnero ó un buey para la carnicería, hubieran los guardas exigido algun dinero; pero no se paga derecho por una cabeza humana, y asi seguimos adelante.

Pasado el Boulevard, se metió el carruage á trote largo por las tortuosas y viejas calles del barrio de San Marceau y de la antigua ciudad, que serpean y se entrecortan, como las mil veredas de un hormi-

guero. Hacia el coche tanto y tan rápido ruido en el empedrado de estas angostas callejuelas, que no se oia sonido esterior alguno. Al mirar por la abertura cuadrada me pareció que las gentes se paraban á mirar el coche, y que le seguian corriendo los muchachos. Tambien creo haber observado de cuando en cuando por las esquinas, hombres ó viejas trapajosas, y á veces individuos de ambos géneros con papeles impresos en las manos, que los pasageros se disputaban, y abriendo la boca como para pregonar sus mercancías.

Daban las ocho en el relox del palacio cuando llegamos al patio de la Conserjería. La vista de su grande escalera, ennegrecida capilla y siniestros adornos me heló la sangre en las venas. Al pararse el coche

creí que se pararian tambien los latidos de mi corazon.

Se abrió la puerta con la rapidez del relámpago.—Recogí mis fuerzas; salté del calabozo ambulante en que iba, y me sumergí á paso largo por entre dos hileras de soldados que ocupaban la bóveda del portal.

¡Ya se habia juntado la gente á verme pasar!

XXIII.

Mientras andaba por las galerías públicas del palacio de justicia, me sentia casi como libre y á mi gusto; mas me abandonó toda mi resolucion al ver abrirse delante de mí portezuelas bajas, escaleras secretas, salidas y entradas interiores, largos corredores ahogados, y por decirlo asi, sordos, á donde no entran mas

que los que sentencian y los sentenciados.

El escribano me acompañaba todavía; pero el sacerdote se habia separado para volver dentro de dos horas, que iba á emplear en sus negocios particulares.

Me condujeron al cuarto del director, en cuyas manos me dejó el escribano por una especie de cambio; porque el director le suplicó que esperase un momento, anunciándole que tenia *caza* que darle, para llevarla desde luego á Bicetre, por retorno del carruage. Esta caza será probablemente el reo de hoy, que debe pasar la noche sobre la paja, que yo no he tenido tiempo de gastar.—Muy bien está, señor director, dijo el escribano; esperaré un rato y haremos los dos procesos verbales á la vez. Me gusta la idea.

Asi mataremos dos pájaros de una pedrada.

En el entretanto me depositaron en un gabinetillo contiguo al del director, dejándome alli solo, pero no sin echar todos los cerrojos de sus puertas.

Ni sabia en lo que estaba pensando, ni si habia pasado alli mucho tiempo, cuando una repentina y violenta carcajada de risa me arrancó de mi letargo.

Levanté los ojos temblando, y ví que no estaba ya solo en el cuarto, sino con un hombre como de 55 años de edad, de mediana talla, arrugado, quemado del sol, canoso, fornido de miembros, con ojos grises medio vizcos, lleno el semblante de amarga risa, súcio, andrajoso, casi en cueros, y de repugnantísimo aspecto.

Sin duda se habia abierto la puerta del gabinete, lo habia vomitado, y vuéltose á cerrar sin que yo lo percibiera. ¡Oh si pudiese venir la muerte del mismo modo!

Mi nuevo compañero y yo nos miramos por algunos segundos fijamente; él prolongando su risa, que parecia un relincho, y yo medio confuso, medio espantado.

—¿Quién es usted? le pregunté al fin.

—¡Pues me gusta la cuestioncilla! me respondió. Un birlesco de primera tijera.

—¡Un birlesco! ¿y qué quiere decir eso? Esta nueva pregunta redobló su jovialidad y gresca.

—Eso quiere decir, me balbució en medio de una carcajada, que el buchí enjugará al cánastillo rojo con mi cabeza en seis semanas, como vá

á hacer con la tuya á las seis. ¡Ha! ha! ha! Ya parece que le vas entrando al asuntillo.

En efecto, yo estaba pálido, y se me erizaban los cabellos. Este era el otro reo, el sentenciado de aquel dia, el mismo que esperaban en Bicetre; mi heredero, en una palabra.

Luego continuó asi:

—¿Cómo se han de decir las cosas? ¿No me crees? —Pues escucha mi historia. Yo soy hijo de un excelente escobon de bolsas; lástima fue que se le antojase un dia á Andresillo ponerle el corbatin á mi padre. Fue esto cuando todavía reinaba la horca, por la gracia de Dios. A los seis años ya no tenia yo ni padre ni madre. Pasaba los veranos dando vueltas de campana por el polvo, al borde de los caminos reales, para que me echáran un cuarto

por las portezuelas de las sillas de posta. En el invierno iba á pie, desnudo y sin calcorros por el fango, soplándome los dedos para mitigar el frio, y enseñando los muslos por las roturas de los pantalones. A los nueve años empecé á servirme de mis garfios, y de cuando en cuando limpiaba una faltriquera, ó le ponia los cinco á una pañosa; á los diez, ya jugaba yo de manos como un arlequin. Luego, ya se vé, como un hombre se relaciona poco á poco, á los diez y siete ponia yo un camino como la plata de limpio; tambien metí la calabaza por la cerradura de un tendajo, y me perfeccioné en el manejo hasta llegar á rey de los calabaceros. Entonces me atraparon, y como tenia la edad, me enviaron á escribir por las mares. Las galeras son duras. Duerme uno sobre

una tabla, no bebe mas que agua, come pan negro, y vá siempre arrastrando una maldita bola de hierro que para nada sirve; hay además trancazos, y rayos de sol que se meten por los sesos. Tambien le pelan á uno; y yo que tenia unos cabellos castaños.... Pero ¡no importa! Cumplí mi condena de quince años, y diez y siete que iban treinta y dos. Una mañanita me pusieron en la mano mi pasaporte, y como sesenta y seis pesetillas que habia juntado en mis quince años de galeras, trabajando diez y seis horas cada dia, treinta dias cada mes, y doce meses cada año. Pero lo mismo dá. Yo estaba resuelto á ser hombre de bien con mis doscientos sesenta y cuatro reales, y tenia mejores deseos y mejores sentimientos debajo de mis trapos, que suele contener la sobrepe-

lliz de un mochilon. Pero el diablo tenia el tal pasaportito que me habian dado. No era blanco como los otros, sino pajizo, y llevaba escrito encima: »*presidario cumplido.*» Y ya se vé, habia que enseñarlo por todas las caleas por donde pasaba, y que presentárselo todas las semanas á los concejales del lugarejo á donde me habian destinado. ¡Vaya una recomendacion! ¡Presidario cumplido! Me tenia la gente miedo. Huian los chiquillos de mí, y me cerraba todo el mundo las puertas. Nadie queria darme trabajo; asi me comí mis sesenta y seis pesetas, y me quedé ya sin saber cómo vivir. Enseñaba yo los buenos y robustos brazos que tengo para trabajar, y me daban con las puertas en los ojos. Me ofrecia á rebentarme todo el dia por una peseta, por media, por un real

ó por menos. Pero no habia remedio. ¿Qué habia de hacer?—Un dia que me devoraba la carpanta, le dí un codazo á la vidriera de un panadero, le eché los cinco á un bollo, y el panadero me los echó á mí: no me comí el pan, y me sentenciaron á galeras perpetuas, herrándome las espaldas con tres letras de fuego;—yo te las enseñaré si quieres verlas.—Esta clase de justicia se llama aqui en Francia *la recidiva*. Ya me tienes de caballo de retorno. Por aquella vez me enviaron á Tolon con los gorros verdes (*). Era necesario escaparse. No tenia para hacerlo mas que tres muros que romper y dos cadenas que limar; y á un clavo se reducian todas mis herra-

(*) Presidarios por toda la vida.

mientas. Al fin logré tomar las de Villadiego. Tiraron muchos cañonazos de alarma, porque somos nosotros como los cardenales de Roma, que van vestidos de encarnado, y les hacen salva cuando se ausentan; pero no les sirvió la pólvora mas que para espantar gorriones. Entonces no tenia pasaporte pajizo, pero tampoco tenia pesetas. Luego me encontré algunos camaradas que habian tambien cumplido su tiempo ó roto sus cordones. El capitan me propuso tomar plaza con ellos, y andar por los caminos despenando gentes. Acepté el envitè, y me puse á matar para vivir. Unas veces caia una diligencia; otras una silla de posta ó un calcatrife, ó mercader á caballo. Se le tomaban los ochavos, se dejaba ir al acaso el animal ó el carruage, se enterraba al amo debajo

de un árbol, teniendo cuidado de que no le saliesen los pies, y se danzaba despues sobre la huesa para igualar la tierra, y que no pareciera que se acababa de revolver. Asi me he ido envejeciendo poco á poco, anidándome en las espesuras, durmiendo á la luz de las estrellas, seguido de bosque en bosque, pero libre á lo menos, y dueño de mí mismo. Todas las cosas tienen su fin, tanto estas como las demas. Los gendarmas me pusieron una noche la mano en el collarin. Mis camaradas se largaron; yo que era el mas viejo, me quedé entre las uñas de estos gatos con sombrero de galon. Aqui me trajeron. Ya habia yo subido todos los escalones de la escalera menos uno. Para mí lo mismo era ya haber robado un pañuelo, que muerto un hombre. Pero aun habia una *recidiva* que

aplicarme; y esta era ponerme en las manos del verdugo. Mi proceso ha sido bien corto; asi como asi ya yo empezaba á sentirme cascadillo y casi inútil. Mi padre se casó con la viuda (1); en cuanto á mí yo me retiro á la abadía de Monte-angustias (2).—Con que se acabó el cuento.

Me habia yo quedado estupefacto al oir aquella relacion, lo cual acrecentó mucho la risa de mi compañero, y aun le hizo adelantarse hácia mí para darme la mano. Yo retrocedí horrorizado.

—¿Sabes lo que estoy mirando? buen mozo? me dijo, que no tienes facha de valiente. No vayas á hacer

---

(1) La horca.
(2) La guillotina.

el mandria delante de la carlina (1); porque todo se reduce á pasar un mal rato en la placarda (2). Pero aquello no dura un tris, que digamos. Asi estuviera yo alli; yo te enseñaria á dar la voltereta. Por el sol del cielo que estoy tentado por no apelar si quieren trincharme hoy contigo. El mismo cura nos serviria á los dos. Por lo demas, tanto me importa ser tu heredero como dejar de serlo. Ya vés que soy un buen muchacho. Con que, ¿quieres, ó no?— ¿Entre amigos?

Diciendo esto, dió otro paso pare acercarse á mí, presentándome la mano derecha.

—Mil gracias, le respondí, retirando la mia.

---

(1) Guillotina.

(2) Plaza de las ejecuciones.

Nuevas y mayores risotadas.

—Con que caballero, ¿vuesarced será quizá marques? ¡Nada menos que marques es el tal señorito!

Yo le interrumpí; —Buen hombre, le dije, tengo necesidad de recoger mis pensamientos dentro de mí mismo. Déjeme usted en paz por Dios.

La gravedad de mis palabras le puso súbitamente pensativo; y moviendo la cana y casi calva cabeza, y rascándose con las uñas el velludo pecho que se via por las aberturas de la camisa: —Lo entiendo, murmuró entre dientes; ya estoy en ello; el javalí.... (1).

Y despues de algunos minutos de silencio:

---

(1) Sacerdote.

—Vea usted ahí lo que son las cosas, me dijo casi tímidamente. Usted es marques; sea muy enhorabuena. Pero tiene usted puesta una hermosa levita, que para el caso no le sirve ya de cosa ninguna. El buchí le echará el guante. Démela usted á mí para venderla y gastar el dinero en tabaco.

Me quité la levita y se la dí; y al recibirla rompió en espresiones de una alegría pueril, dando palmadas como loco. Viendo luego que me habia yo quedado en mangas de camisa y que estaba tiritando: —Usted tiene frio, caballero, me dijo: póngase usted esto; llueve mucho, y se mojaria usted todo; ademas de que es preciso ir con decencia en la carretilla.

Hablando asi, se quitó una grosera chaqueta de lana blanquizca,

por cuyas mangas me metió los brazos; yo le dejé obrar á su gusto.

Me apoyé despues sobre la pared, sin poder entender el efecto que la vista de aquel hombre me causaba. Él se divertia en el entretanto en examinar la levita que yo le acababa de dar, prorrumpiendo á cada instante en gritos y espresiones de alegría.—¡Las faltriqueras están nuevas!—¡El cuello no está grasiento!... Lo menos me dan quince pesetas por ella. ¡Qué fortuna! ¡Tabaco tengo ya para las seis semanas que me quedan de vida!

Volvió luego á abrirse la puerta del cuarto, y entraron á buscarnos á los dos; á mí para llevarme al sitio donde los reos de muerte esperan la hora de la ejecucion, y á él para conducirlo á Bicetre. Cuanto vió á los gendarmas, se puso en me-

dio del piquete que debia acompañarlo, diciendo con risa: —Cuidadito, señores mios! ¡No vayan ustedes é equivocarse con mil diablos! El señor y yo hemos cambiado de pelo; pero él es él y yo soy yo. No me lleven ustedes en lugar suyo; que maldito lo que me gustaria á mí que me quitaran el resuello ahora que ya tengo para tabaco.

XXIV.

Aquel malvado viejo me quitó mi levita; no se la he dado yo por cierto; y en su lugar me deja este harapo, esta chaquetilla infame. ¿Qué pareceré yo con ella?

Y no le permití que se llevara mi levita por caridad ó por indiferencia. No; sino porque era mas fuerte que yo, y si se la hubiera nega-

do, me habria dado de golpes con sus formidables puños.

¡Sí, caridad! — Lleno estaba ya de malos sentimientos. Ahogarlo entre mis manos, despedazarlo con ella, era lo que yo hubiera querido.

Mi corazon está lleno de rabia y de amargura. La hiel se me ha reventado en el pecho. — La muerte vuelve perverso al hombre.

XXV.

Aqui me han puesto en una celdilla donde no hay mas que las cuatro paredes, con muchas barras de hierro por las ventanas y muchos cerrojos en las puertas. Esto ya se dá por supuesto.

Pedí una mesa, silla y escribanía, todo lo que me trajeron al momento.

Luego dije que me diesen una cama, lo que sorprendió algo al carcelero, que me echó una mirada de estas que parece que dicen: —¿Y para qué?

Sin embargo, me pusieron un catre en un rincon; pero tomando la precaucion de instalar un gendarma tambien en lo que ellos llaman mi cuarto. ¿Si tendrán miedo de que me suicide con el colchon?

XXVI.

Son las diez.

¡Pobre hija mia! ¡Dentro de seis horas ya estaré yo muerto! Ya seré yo de aqui á seis horas una especie de inmundicia que andará arrastrando por las mesas frias de los cirujanos. La cabeza se podrirá por un lado, mientras disecan el tronco

por el otro; y luego llenarán un atahud de lo que quede para enviarlo á Clamart.

He aqui lo que van á hacer con tu padre unos hombres que no le aborrecen, que quizá le tienen lástima, y que de seguro podrian salvarlo. A matarme van. ¿Entiendes tu bien esto, María? A matarme sin rencor, á sangre fria, en ceremonia, y por el bien de la causa pública. ¡Ah gran Dios!

¡Pobrecita mia! Tu padre que te amaba tanto; tu padre que besaba tu cuellecito blanco y perfumado; que tanto se deleitaba en pasar la mano por tus rizados y sedosos cabellos; que te tomaba la linda y redonda cara con tanta ternura; que te ponia á jugar sobre sus rodillas, y por las noches cruzaba tus manecitas y te enseñaba á rogar á Dios por el....

¿Quién, quién hará todo esto por tí?

¿Quién te amará? Todas las niñas de tu edad tendrán padre, menos tú. ¿Cómo perderás tú la costumbre, hija mia, de que te regalen y acaricien, de que te festejen el dia de tu santo, de que te dén aguinaldos y juguetes, y dulces, y frutas y besos?— ¿Cómo perderás tú la costumbre, huérfana infelice, de comer y de beber para conservar la vida?

¡Oh! ¡Si los jurados hubiesen visto al menos mi linda Mariquita! Sin duda hubieran creido que no debian matar el padre de una niña de tres años.

Y cuando sea grande, si llega á serlo, ¿en qué vendrá á parar?— Vivirá su padre en la memoria del pueblo de Paris, y se avergonzará

de mí y de mi nombre. La despreciarán las gentes, huirán de ella, y se verá envilecida por causa mia, por mí, que la quiero con toda la ternura de mi corazon.

¡Oh idolatrada hija mia de mi alma! ¿Es cierto en efecto que llegarás á tener vergüenza y horror de mí?

¡Miserable! ¡Qué crímen he cometido, y qué crímen voy á hacerle cometer á la sociedad!

¿Y voy verdaderamente á morir antes que se acabe el dia? ¿Soy yo mismo en verdad el que va á perecer? Ese ruido sordo de voces que se oye por la calle, ese concurso de alegre populacho que ya se junta por el camino, los gendarmas que se preparan ya en sus cuarteles, el sacerdote con sus ropas negras, aquel hombre con las manos ensangrenta-

das, ¿son ciertamente para mí? ¿soy yo mismo el que vá á la muerte? ¿yo? ¿El mismo que aquí vive, se mueve y respira; el que está sentado á esta mesa, parecida en todo á otra cualquiera, y que pudiera estar en otra parte; yo mismo en fin, yo que me toco y que siento, yo cuyo vestido hace estos pliegues?

XXVII.

¡Si supiera á lo menos cómo aquel acto se ejecuta, y cómo se muere allí! Pero es horrible el ignorarlo absolutamente.

El nombre de la cosa es espantoso; ni entiendo yo mismo cómo he podido escribirlo y pronunciarlo hasta ahora.

La combinacion de aquellas diez letras, su aspecto y su fisonomía,

son bastantes para evocar ideas de horror y de muerte. Sin duda era nombre predestinado el del médico de infortunio que produjo tal invento (1).

La imágen que yo asocio á este nombre execrable, es vaga, indeterminada, y tanto mas siniestra cuanto es mas confusa. Cada sílaba es para mí como una pieza de la máquina. No ceso de levantar y demoler en mi mente su monstruoso maderamen.

Ni me determino á hacer una pregunta sobre el particular. Pero es horroroso no conocerlo ni saber conducirse alli. Parece que hay una tabla lisa, que le acuestan á uno boca abajo..... — ¡Ah! ¡Se me encanece-

(1) El doctor Guillotin.

rá la cabeza antes de que me la corten!

XXVIII.

Sin embargo, me acuerdo de haberla entrevisto una vez.

Pasaba yo por la plaza de Greve un dia á eso de las once de la mañana, cuando de repente se paró el coche en que iba, no pudiendo pasar por el gentío. Yo me asomé á la portezuela, y ví que llenaba el populacho la Greve, los muelles y avenidas, y que habia por los parapetos gran número de hombres, mugeres y chiquillos. Por encima de sus cabezas se via salir una especie de tablado de madera roja, que levantaban tres hombres.

Debia un reo sufrir la muerte aquel dia, y estaban ya arreglando la máquina para ello.

Yo volví la cabeza antes de haberla visto, y oí al lado del coche una muger diciéndole á un niño:—Mira; míralo con atencion. La cuchilla no cae bien, y van á darle sebo por los lados con un cabo de vela para que resbale mejor.

Ahora estarán probablemente en el mismo periodo. Acaban de sonar las once. Sin duda le están dando sebo á la cuchilla.

Pero hoy, ¡desgraciado de mí! no volveré la cabeza á otro lado.

XXIX.

¡Oh perdon! ¡perdon! — Quizá me perdonarán todavía. — Que vayan á buscar á mi abogado.—¡Pronto el abogado! Me conformo con ir á galeras. Cinco años de presidio, y que todo se arregle,—ó veinte años,—

ó por toda la vida y selladas á hierro las espaldas.—¡Pero que me perdonen la vida!

Un presidario al fin anda, vá y viene, y vé el sol y las estrellas.

XXX.

Acaba de volver el sacerdote.

Tiene toda la cabeza blanca, espresion muy benigna, y bella y respetable presencia. No hay duda de que es un hombre excelente y caritativo. Esta mañana me acuerdo de haberlo visto vaciar su bolsa en las manos de los pobres encarcelados. ¿Por qué, pues, no tendrá su voz nada que llegue al alma? ¿Por qué, pues, no me habrá dicho nada todavía, que me penetre ó la razon ó el pecho?

Esta mañana estaba yo distraido,

y apenas oí lo que decia; pero me parecieron inútiles sus palabras, y resbalaron en mi indiferencia, como esas gotas de lluvia fria resbalan por los helados vidrios.

Cuando ha vuelto, empero, cerca de mí ahora, me ha hecho mucho bien su vista. Entre todos estos hombres pensé yo, hé aqui el solo que es todavía hombre para mí. Y me ví poseido de una sed ardiente de amonestaciones buenas y consoladoras.

Los dos nos sentamos, él en una silla, yo sobre la cama. — Hijo mio, me dijo, y esta palabra le abrió mi corazon; luego continuó asi.

—Hijo mio, ¿crees en Dios?

—Sí, padre, le respondí.

—Y crees en la santa iglesia católica, apostólica romana?

—Por qué no, padre?

—Parece, hijo mio, como que dudas. Entonces se puso á hablarme.

Me hizo un largo discurso; dijo muchas palabras, y cuando creyó haber acabado, se levantó mirándome, entonces por la vez primera desde el principio de su oracion, y preguntándome: —Vaya, ¿qué dices, hijo mio?

Protesto que le habia escuchado con ansia al principio, luego con atencion, y últimamente por deber.

Tambien me levanté yo. —Padre mio, le respondí, déjeme usted solo por un poco de tiempo.

—¿Y cuándo he de volver? me preguntó.

—Yo se lo avisaré á usted.

Salió sin hablar palabra, pero meneando la cabeza, como quien dice entre sí: —Este es un impío.

¡Eso no! —Por profundo que sea

el precipicio en que he caido, no soy yo un impío, y Dios sabe de que creo en él con la sinceridad de mi alma. Pero ¿qué me ha dicho este anciano? Nada verdaderamente sentido, nada tierno, nada bañado en lágrimas, nada arrancado del alma, ni que viniese de su corazon al mio, nada en fin de él á mí. Al contrario, palabras vagas, sin acento, aplicables á todo y á todos; enfático cuando hubiera debido ser profundo; difusion en vez de sencillez; una especie de sermon sentimental, en vez de consuelo evangélico. De cuando en cuando citas de San Agustin ó San Gregorio, y frases enteras en latin. Ademas, parecia que estaba recitando una leccion ya veinte veces pronunciada, ó repasando un tema borrado de la memoria á fuerza de saberlo bien. Pero ni una mi-

rada en los ojos, ni en la voz un acento, ni una espresion en el semblante.

¿Y podria ser acaso de otro modo? Este sacerdote es el capellan titular de la cárcel. Su obligacion es la de consolar y exhortar, y de eso vive. Los presidarios y los reos de muerte forman la jurisdiccion de su elocuencia. Él los confiesa y asiste en cumplimiento de su deber; y asi ha envejecido acompañando hombres á la muerte. Ya hace mucho tiempo que le son á él familiares las escenas que hacen temblar á otros; sus cabellos empolvados no se erizan ya por ningun motivo; y las galeras y el patíbulo son para él infortunios cotidianos. Su sensibilidad ha desaparecido á fuerza de uso. Quizá tiene su cuaderno: tal página para los galeotes, tal otra para los

reos de muerte. Le avisan por la víspera, que al dia siguiente tendrá que consolar á un hombre á tal hora; pregunta él entonces si es de galeras ó de patíbulo, lee la página correspondiente, y viene luego. Asi sucede que los que van á Tolon ó á la plaza de Greve, son para él un tópico comun, asi como es él tópico comun para ellos.

¡Ah! Que vayan á buscarme en vez del capellan de la cárcel, algun vicario jóven, algun cura anciano, á la casualidad, en la primer parroquia que se encuentre; que le saquen de junto al fuego, á donde leia su libro sin esperar cosa alguna, y que le digan: —Ahí hay un hombre que vá á morir, y es necesario que sea usted quien lo consuele. Es preciso que esté usted alli cuando le aten las manos; alli cuando le cor-

ten los cabellos; que suba usted con él en la carreta con su crucifijo en la mano para ocultarle el verdugo: que con él sufra usted el traqueteo del carruage hasta la plaza de Greve; que atraviese usted con él la aborrecible plebe, sedienta de sangre; que le abrace usted al pie del cadalso, y que se quede con él hasta que le hayan separado la cabeza del cuerpo. ¡Entonces, entonces que me le traigan, palpitando y trémulo todavía de los pies á la cabeza! Yo me arrojaré á sus brazos; abrazaré sus rodillas; sus lágrimas bañarán mi frente; lloraremos juntos entonces, y él será elocuente y me dará consuelo; se aligerará mi corazon en el suyo, y él recibirá mi alma, y yo recibiré su Dios (1).

(1) Nuestro reo solicitaba consuelos

Pero este buen anciano, ¿qué ha hecho por mí? — ¿Quién soy yo á

---

sensibles; los de la religion pertenecen á una esfera mas elevada, porque sus verdades comunican al alma una fortaleza interior é inefable, con la cual triunfa hasta de la misma muerte. El efecto de la palabra divina está en ella misma, no en la manera de anunciarla. A la verdad, los sacerdotes que se consagran al penoso ministerio de auxiliar á los reos, deben, segun el consejo general de San Pablo, *de hacerse todo para todos*, proporcionar sus exhortaciones á la capacidad, á la situacion, y al carácter particular del infeliz á quien asisten: mas no debe olvidarse que estos cuidados puramente humanos, aunque recomendables, no constituyen la fuerza esencial de la predicacion. Son medios para administrar la medicina, que despues obra por sí misma. (*Nota del traductor.*)

su vista?—Un individuo de la especie desgraciada, una sombra parecida á las muchas que él ha visto; una unidad que añadir al número de los suplicios.

Quizás yerro en pensar asi de él. Él es el bueno y yo soy el malo. ¡Ay de mí! Que no es por culpa mia, sino porque mi aliento de reo de muerte lo infesta y marchita todo.

Acaban de traerme el alimento, de que creian podria tener necesidad. Una mesa delicada y muy bien puesta, con un pollo, creo que era, y alguna otra cosa mas. Quise hacer un esfuerzo para tomar algo, pero no pude pasar ni el primer bocado.—¡Tan amargas y fétidas me parecian aquellas viandas!

XXXI.

Acaba de entrar aqui un hombre con su sombrero puesto que apenas me ha mirado, y abriendo una medida de madera la ha ido llevando por varios sitios de la pared, diciendo con voz muy alta á veces: *esto es*; á veces: *no es esto.*

El gendarma me dijo que era un oficial del arquitecto de la cárcel.

Tambien él por su parte tuvo la curiosidad de saber quien yo era; y despues de cambiar algunas medias palabras con el carcelero que le acompañaba, fijó por un momento los ojos sobre mí, sacudió la cabeza con indiferencia, y siguió hablando muy de recio y tomando sus medidas.

Cuando hubo acabado de hacerlo

se me acercó diciendo con estrepitosa voz: —Amigo mio, dentro de seis meses estará esta cárcel qué dará gusto verla.

Y parecia añadir con su gesto: Es lástima que no pueda usted gozar de ella.

Casi me hablaba sonriéndose, y ya esperaba yo el instante en que se ponia á chancearse alegremente conmigo, como se suele en la noche nupcial con una recien casada.

Mi gendarma, soldado viejo con grandes bigotazos, se encargó de la respuesta. —Caballero, le dijo, sepa usted que no se habla tan de recio en el cuarto de un difunto.

El arquitecto se marchó, y yo me quedé alli como una de las piedras que él media.

XXXII.

Luego me sucedió una cosa ridícula.

Vinieron á relevar á mi buen gendarma, al cual yo, ingrato egoista, ni siquiera le dí la mano. Le reemplazó otro gendarma, hombre de frente baja, de ojos prominentes y de figura inepta.

No atendia yo á cosa alguna de estas. Me habia sentado á la mesa de espaldas á la puerta, esforzándome en refrescarme la frente con la palma de la mano, porque mis pensamientos me atormentaban el espíritu.

Una ligera palmada en el hombro me hizo volver la cabeza, y ví junto á mí al nuevo gendarma con quien me habia quedado solo.

He aqui sobre poco mas ó menos de qué modo me dirigió la palabra.

—Criminal, ¿se siente usted de buen ánimo? ¿Tiene usted buen corazon?

—No, le dije.

Lo brusco de esta respuesta parece que lo desconcertó algo. Sin embargo, continuó así, aunque como dudando.

—Nadie es malo por el gusto de serlo.

—¿Por qué no?. le repliqué yo. Si nada mas tiene usted que decirme déjeme usted en paz. ¿O qué consecuencia quiere usted sacar?

—Perdone usted, mi criminal, respondió. Dos palabras solamente. Hélas aqui: ¿si pudiese usted hacer feliz á un pobre sin que le costase trabajo alguno, no lo haria?

Yo me encogí de hombros.—¿Vie-

ne usted acaso de Charenton? le pregunté. ¡Vaso singular elige usted para buscar en él la ventura!, ¡Yo hacer dichoso á nadie!

Bajó entonces la voz, y prosiguió con un aire misterioso que no se convenia bien con su semblante idiota.

—¡Sí, criminal! ¡Sí! ¡Felicidad! ¡Fortuna!—Todo eso me puede usted conceder. Sepa usted que yo soy un pobre gendarma. El servicio es pesado y la paga ligera; mi caballo es mio propio y me come vivo. Pues señor, ha de saber usted que yo juego á la lotería por via de compensacion, porque es menester que el hombre se ingenie, y que tenga alguna industria. Hasta ahora no he ganado por no haber tenido buenos números. Y eso que los busco con todo cuidado de los mas seguros,

pero siempre me llevo chasco. Si le pongo al 76 sale el 77 de fijo; y si los voy manteniendo no vienen nunca.—Tenga usted paciencia, si quiere, que ya estoy acabando.—Pues señor, vea usted una buena ocasion para mí. Segun dicen, aunque usted perdone, mi criminal, está usted destinado para hoy. Nadie duda de que los muertos que perecen asi ven la lotería de antemano. Prométame usted venir mañana á la noche. ¿Qué trabajo le cuesta á usted eso, hombre de Dios?—Y tráigame usted tres números nada mas; tres números buenos.—¿Vendrá usted?—Yo no le tengo miedo á los muertos; vuelva usted sin cuidado.—Hé aquí las señas de mi cama: cuartel de Popincourt, escalera A, número 26, al fondo del corredor.—Usted me reconocerá bien, ¿no es verdad?—O

si usted quiere venga usted esta misma noche, en caso de serle mas cómodo.

Yo hubiera desdeñado responder á este imbécil, si una fátua esperanza no hubiese penetrado mi mente. En mi desesperada situacion se cree posible romper sus cadenas con un cabello.

—Escucha, le dije, haciéndome el cómico tanto como puede uno que vá á morir, yo puedo en efecto hacerte mas rico que el rey, hacerte ganar millones, pero ha de ser con una condicion.

—¿Qué condicion? ¿Qué condicion? me dijo, abriendo sus estúpidos ojos.—Cuanto hay en el mundo haré yo por complacerle á usted, mi criminal.

—En vez de tres números, yo te prometo cuatro. Cambia de vestido conmigo.

—Si no es mas que eso.... dijo él desabrochándose los primeros corchetes del uniforme.

Ya me habia yo levantado. Mi corazon palpitaba al observar sus movimientos. Ya vía yo las puertas abriéndose delante del uniforme de gendarma; ya la plaza, la calle y el palacio de justicia á mis espaldas.

Pero él seguia como indeciso:—¿Se entiende, dijo, que no es para salir de aqui?...

Aunque conocí desde luego que todo estaba ya perdido, tenté el último esfuerzo, malgrado su inutilidad é insensatez.

—Sí por cierto, le repliqué, pero tu fortuna está hecha....

Él me interrumpió.

¡No! ¡No! ¡Nada de eso! ¿y mis números? Para que sean buenos es preciso que esté usted muerto.

Yo volví á desplomarme en mi silla enmudecido, y tanto mas desesperado, cuanto mayor habia sido mi esperanza.

XXXIII.

He cerrado los ojos, y me he puesto las manos delante de ellos para esforzarme en olvidar las cosas presentes pensando en las pasadas. Cuando sueño asi, vuelven á mi mente las reminiscencias de mi infancia y juventud, una á una, dulces, en calma, y risueñas como islas de flores, en medio del golfo de pensamientos tenebrosos y confusos, cuyas tempestades llenan mi cerebro.

Vuelvo á verme niño, estudiante vivaz y alegre, jugando, corriendo, gritando con mis hermanos en la avenida verde de aquel magnífico jar-

din donde fluyeron mis primeros años, antiguo recinto de religiosas, que domina con su cabeza de plomo la sombría cúpula del Valle-de-Gracia.

Cuatro años despues, héme aquí niño todavía, pero ya distraido y apasionado. Habia entonces una jóven en el solitario jardin.

La españolita de los ojos rasgados y rica cabellera, la del cútis moreno y dorado, con labios de carmin y mejillas de rosa, Pepa, la linda andaluza de catorce años.

Nos habian dicho nuestras madres que fuésemos á correr juntos: nosotros nos habiamos venido al jardin á pasearnos.

Tambien nos habian dicho que jugásemos; pero nosotros hablábamos como muchachos de la misma edad, pero de diferente sexo.

Sin embargo, no hacia mas que

un año que aun corríamos y luchábamos juntos. Yo disputaba á Pepita la mejor poma del manzano, y le maltraté un dia por un nido de pájaros. Ella lloraba, pero yo creia que estaba bien hecho. Fuimos á quejarnos los dos á nuestras madres, que nos reprendieron de recio, disculpándonos en voz baja.

Mas aquella tarde iba yo orgullosísimo y conmovido porque la llevaba del brazo. Nos pascábamos despacito, y hablábamos de quedo. Se le cayó el pañuelo, lo recogí yo al momento, y nos temblaban las manos al ponerse en contacto. Me hablaba ella de los pajarillos, de una estrella que se via hácia el horizonte, del ocaso encendido del sol, visible por entre los árboles, ó bien de sus amigas de escuela, de sus vestidos y de sus cintas. Nos decíamos

cosas inocentes, y nos ruborizábamos de ellas; en fin, la niña se habia ya vuelto jóven.

Pasaba esto una tarde de verano debajo de los castaños en el fondo del jardin. Despues de uno de aquellos largos intervalos de silencio que llenaban nuestros paseos, soltó Pepa repentinamente mi brazo, y esclamó: ¡Corramos!

¡Todavía me parece que la veo!—Iba vestida de luto por la muerte de su abuela! Sin duda le pasó por la mente una idea infantil, y Pepa volvió á ser Pepita cuando me dijo: ¡corramos!

Y salió por delante de mí con aquella cintura frágil como la de una abeja; y los ligeros y pequeñuelos pies levantándole la ropa hasta la mitad de la pierna. Yo la seguia en su huida, y el viento de la carrera

le suspendia el pañuelo, mostrándome su espalda fresca y morena.

Iba yo fuera de mí. Al fin la alcancé cerca de una cisterna vieja ya arruinada, le ceñí el brazo por la cintura usando del derecho de la victoria, y la hice sentar en un banco de césped, sin encontrar ninguna resistencia de parte suya. Estaba ella hadeando y riéndose al mismo tiempo; yo sério y mirando con adoracion las niñas negras de sus ojos, por entre las negras pestañas que los circuian.

—Siéntate junto á mí, me dijo. Todavía se vé; leamos un poco. ¿Traes algun libro?

Llevaba conmigo el tomo 2º de los Viajes de Spallanzani; lo abrí por cualquier parte, me acerqué á ella, y sustentando con mi espalda la suya nos pusimos á leer la misma pá-

gina cada uno para sí. Pero me tenia que esperar ella siempre antes de volver la hoja. Su espíritu era mas viváz que el mio. — ¡No has acabado aun! me preguntaba cuando aun leia yo por el principio.

Se tocaban entretanto nuestras cabezas; se habian mezclado ya nuestros cabellos; nuestros alientos se acercaron poco á poco, y nuestras bocas repentinamente.

Cuando quisimos continuar la lectura estaba ya el cielo estrellado.

—¡Si viera usted, mamá, dijo Pepita al entrar en casa, si viera usted lo que hemos corrido!

Yo estaba callado por mi parte. —¡Y no se te ocurre á tí nada, niño! me preguntó mi madre. —Parece que estás como triste. —¡Tenia yo un paraiso en el corazon!

No se me olvidará aquella tarde en toda mi vida.

¡Toda mi vida!... ¡Tan próximo á la inflexible eternidad, me distraen todavía las ilusiones de mi primera juventud!... Mas ¡quién pondrá freno á la imaginacion de un desgraciado que delira!

XXXIV.

Acaba de sonar una hora pero no sé cual, porque no oigo distintamente el martillo del relox. Me parece que tengo un ruido como de un órgano en los oidos; sin duda los últimos pensamientos que me zumban por la cabeza.

En este momento supremo, en que me recojo dentro de mis recuerdos, veo mi crímen con horror; pero mas todavía de lo que me arrepiento quisiera arrepentirme. Sentia yo mas remordimientos antes de recibir la sentencia; desde entonces

parece que no tengo capacidad para otros pensamientos que los de muerte. Sin embargo, querria arrepentirme mucho.

Cuando me detengo á pensar por un instante en mi vida pasada, y vuelvo de nuevo á contemplar el patíbulo que vá ahora mismo á concluirla, me pongo trémulo como si me cogiese de improviso. ¡Mi bella infancia! ¡Mi juventud lozana! ¡Suave y dorado cendal con las puntas ensangrentadas! Hay entre entonces y ahora un rio de sangre por donde corre la del otro y la mia.

Si se publicára mi historia en adelante, ¡quién creeria despues de tantos años de inocencia y de felicidad, en este último, que se abre con un crímen y se cierra con un patíbulo! No tendria esta parte analogía ni semejanza con la otra.

Y con todo, no era yo naturalmente malo.... ¡hombres y leyes miserables!

¡Ah! ¡Ir á morir dentro de algunas horas, y pensar de que hace un año estaba yo tal dia como hoy libre y puro, dando mis paseos de otoño, vagando por entre los árboles, pisando las hojas que caian de ellos!

XXXV.

¡Y hay en este mismo instante cerca de mí, en las casas que circunvalan el palacio de justicia y la plaza de Greve, y por todo Paris, hombres que van y vienen, hablan y rien, leen los diarios, y piensan en sus negocios; mercaderes que venden; jóvenes que preparan sus vestidos de baile para esta noche; y madres que juegan con sus hijos!

XXXVI.

Me acuerdo de que siendo muchacho fui á ver un dia el bordon de la iglesia de nuestra Señora.

Ya estaba atolondrado de haber subido la oscura escalera de caracol, recorrido la frágil galería por donde las dos torres se comunican, y tenido á Paris á los pies, cuando entré en la jaula de piedra y maderos donde pende el bordon con su badajo de mil libras.

Iba temblando por las mal juntas tablas con los ojos fijos en aquella campana tan famosa entre los muchachos y el pueblo de Paris, y observaba, no sin miedo, que estaban al nivel de mis pies las vertientes cubiertas de pizarra que en planos inclinados rodean el campanario. En

los intervalos via como á vuelo de pájaro la plaza de la fachada de nuestra Señora, y los que por ella pasaban como hormigas.

Repentinamente sonó la enorme campana, y una vibracion profunda agitó el aire, é hizo oscilar la pesada torre. El suelo temblaba sobre las vigas. Casi me arrojó á tierra el ruido; titubeaba ya, y me via caer y resbalar por las vertientes inclinadas de pizarra. Me acosté de terror en las tablas, apretándolas estrechamente con los dos brazos, sin palabra, sin resuello, con aquel formidable retintin en los oidos, y delante de los ojos el precipicio, y la profunda plaza por donde se cruzaban tantos pasageros pacíficos y envidiados.

Pues todavía me parece que estoy en la torre del bordon. Todo lo

que siento me aturde y deslumbra. Un ruido como el de una campaña vibra por las cavidades de mi cerebro; y solo percibo ya en derredor mio aquella vida nivelada y tranquila que he abandonado, y por donde aun van los otros hombres, allá en la lejanía, y al través las grietas de un abismo.

XXXVII.

La casa municipal es un edificio siniestro.

Aquel techo agudo y raido, aquel esquilon grotesco; el grande cuadrante blanco; los pisos divididos por tantas columnillas; las mil ventanas que quiebran la fachada; las escaleras gastadas por el continuo paso; los dos arcos de la derecha y de la izquierda, todo parece edifi-

cado para acompañar la plaza de Greve; sombrío, lúgubre, carcomido del tiempo, y tan negro, que hasta al sol parece negro.

Los dias de ejecucion vomita gendarmas por todas partes, y mira al reo con todas sus ventanas.

Y por la noche, el mismo cuadrante que indicó la hora de muerte, se queda iluminado en medio de la tenebrosa fachada.

XXXVIII.

La una y cuarto.

He aqui lo que siento ahora:

Un violento dolor de cabeza. Los costados frios, y la frente ardiendo. Cuando me levanto ó me inclino, me parece que flota algun líquido por mi cerebro, y que me arroja

los sesos contra las cavidades del cráneo.

Me dan temblores convulsivos, y de cuando en cuando se me cae la pluma de la mano, como á impulsos de un choque galvánico.

Los ojos me lloran y me pican cual si estuviese en medio de una espesa humareda.

Me duelen mucho los codos.

Dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya estaré curado.

XXXIX.

Dicen que no es nada, que no se padece apenas, que es un fin muy dulce, y que la muerte está de este modo bastante simplificada.

¿Y qué es, pues, esta agonía de seis semanas, y este ahoguío de todo un dia? ¿Qué son las angustias

de estas irreparables veinte y cuatro horas que pasan tan despacio y tan de prisa? ¿Qué es esta escala de tormentos que vá á salir al patíbulo?

Acaso ¿no son estos padecimientos?

¿Dejará de ser lo mismo, y de traer las mismas convulsiones, el derramar la sangre gota á gota, ó el apagar la inteligencia pensamiento á pensamiento?

¡Y luego dicen que no se padece! ¿Están ellos seguros de eso? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Se cuenta de que ninguna cabeza cortada se haya jamas levantado chorreando sangre del fondo del canasto, y que haya gritado al pueblo: — esto no hace daño? ¿Hay quizás muertos hechos por su mano que hayan vuelto á darles las gracias diciéndoles: — ¡Bien inven-

tado está! Conserven ustedes su mecánica que es muy buena!

¡No! ¡Si no es nada!—En menos de un minuto, en menos de un segundo está todo acabado.—Se han puesto ellos jamas ni aun por pensamiento, en lugar del que padece, en el momento en que la pesada cuchilla le muerde la carne, le rompe los nervios, le hace las vértebras pedazos... Pero ¡qué!—¡Si no pasa de medio segundo!—Si el dolor se escamotea....

¡Qué horror!

XL.

Es cosa singular que no puedo menos de estar siempre pensando en el rey. Por mas que hago, por mas que quiero distraerme, hay una

voz que me está incesantemente diciendo al oido:

—En esta misma ciudad, á esta hora, y no lejos de aqui, hay en otro palacio un hombre que tiene tambien guardias en todas las puertas, un hombre único como tú en el pueblo, con la sola diferencia de que él está tan alto como tú bajo. Su vida entera minuto por minuto, no es mas que gloria, grandeza, delicias y júbilo. Todo es al rededor suyo amor, veneracion y respeto. Las voces mas altas se bajan para hablarle, y se doblan en su presencia las frentes mas elevadas. No descansan sus ojos mas que en sedas y en oro. A estas horas tiene probablemente algun consejo de ministros, donde todos son de su dictámen; ó bien piensa en la cacería de mañana ó en el baile de esta no-

che, seguro de que vendrá la fiesta á la hora señalada, y que tomarán otros con gusto el trabajo que sus placeres ocasionen. ¡Pues bien!— ¡Este hombre es de carne y de hueso como tú!—Y para que al instante mismo tu horrible suplicio se desplomára, para que cuanto deseas te fuese devuelto, tu vida, tu libertad, tu familia y tus bienes, bastaria que escribiese con esta pluma las letras de su nombre en un pedazo de papel, y aun seria suficiente que su carroza encontrase por casualidad tu carreta.—Y es el rey bueno, y quizá no desearia otra cosa que librarte, y puede hacerlo, y no lo hará sin embargo.

XLI.

Puesto que no hay remedio, tengamos valor con la muerte. Abracemos esta horrible idea con pecho firme; considerémosla cara á cara. Pidámosle cuenta de lo que es; sepamos qué quiere de nosotros; volvámosla en todos sentidos; descifremos el enigma y miremos de antemano en el sepulcro.

Me parece que cuanto se cierren mis ojos me veré inundado de claridad, sumergido en abismos de luz, por donde mi espíritu flotará sin fin. Estarán los cielos iluminados por su propia esencia, y los tachonarán los astros con puntos oscuros; y en vez de ser como para los ojos vivos granos de oro sobre terciopelo negro, parecerán al contrario puntos ne-

gros sobre tisú de oro.

O bien, ¡infeliz de mí! será una caverna espantosa y profunda, tapizada de tinieblas, por donde iré cayendo para siempre, y veré otras formas moverse en la oscuridad.

O quizás al despertar despues del golpe de gracia, me encontraré en alguna superficie húmeda y plana, arrastrándome por las sombras como una cabeza que vá rodando.— Puede ser que algun formidable viento me empuje, y que de cuando en cuando tropiece con otras cabezas ambulantes. A intervalos se aparecerán lagos y arroyos de un líquido tibio y desconocido, y estará todo negro por todas partes. Cuando en mi rotacion se vuelvan los ojos hácia arriba, solo verán un cielo umbrío, cuyas tinieblas gravitarán sobre ellos, y á lo lejos, en el fondo, grandes

arcos de humo mas negros que las tinieblas. Tambien verán voltear por las noches chispas encarnadas, que al acercarse quedarán convertidas en pájaros de fuego; — y durará esto por toda la eternidad.

Acaso podria suceder, que se juntasen los muertos de la Greve en ciertas épocas determinadas, en las negras noches del invierno, y volviesen á la plaza á donde finaron. ¡Turba pálida y sangrienta, á cuyas reuniones no faltaré yo nunca! No nos alumbrará la luna, y hablaremos en voz baja. Alli estará la casa municipal con su carcomida fachada, su techo raido, y aquel cuadrante tan despiadado para nosotros. Tendremos en la plaza una guillotina de los infiernos, en que un demonio ejecutará á un verdugo. Será esto á las cuatro de la mañana, y á nues-

tra vez nosotros formaremos entonces el gentío en derredor.

Es muy probable que asi sea. Pero si tales muertos vuelven, ¿en qué forma lo hacen? ¿Qué parte conservan de sus incompletos y mutilados cuerpos? ¿Qué escogen para volver al mundo? ¿Cuál es el espectro, el tronco ó la cabeza?

¡Ay de mí! ¿Qué hará la muerte con nuestro espíritu? ¿Qué naturaleza dejará? ¿Qué añadirá ó sustraerá de su esencia? ¿Le prestará á veces ojos de carne para mirar la tierra y llorar por ella?

¡Ah! ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! ¡Que me traigan un sacerdote y un crucifijo que devorar á besos!

¡Dios de mi alma! ¡Tú solo eres misericordioso; tú solo siempre el mismo!

XLII.

La pedí á Dios que me concediese algunos momentos de descanso, y me tendí en el catre.

Tenia yo en efecto un lago de sangre en la cabeza, que me reconcilió el sueño. — ¡Ultimo que dormiré de esta especie!

Tambien he tenido ensueños.

Soñaba que era por la noche, y que me hallaba en mi gabinete con dos ó tres amigos mios, no me acuerdo quiénes.

Mi muger estaba acostada en la próxima alcoba, durmiendo con su niña.

Mis amigos y yo hablábamos en voz baja, pero nos causaba miedo lo que deciamos.

De pronto creí oir ruido en algu-

na otra pieza de la casa: un rumor débil, indeterminado y estraño.

Mis amigos lo habian oido lo mismo que yo. Escuchamos juntos, y era como una cerradura que se abre con llave sorda, ó un cerrojo que se lima de quedito.

Yo no sé qué circunstancia secreta nos helaba á todos, y nos tenia traspasados de miedo. Pensamos que tal vez habria ladrones, que se habrian introducido en mi casa á aquella hora tan avanzada de la noche.

Resolvimos ir á ver lo que era; me levanté, tomé una luz, y me siguieron mis amigos uno á uno.

Atravesamos la alcoba contigua, á donde dormia mi muger con su niña.

Llegamos luego al estrado. No observamos cosa de particular. Los retratos estaban inmóviles dentro de

sus marcos de oro, y descansando en la purpúrea tapicería. Advertí, empero, que la puerta que vá del estrado al comedor no estaba en su lugar acostumbrado.

Entramos en el comedor y lo recorrimos todo, yendo yo delante. La puerta de la escalera estaba bien cerrada, y lo mismo las ventanas. Al llegar á la chimenea observé que el armario de la mantelería estaba abierto, y que caia su puerta sobre el ángulo de las dos paredes como para ocultarlo.

Me sorprendió aquello, y todos creimos que habria alguien escondido detras de la puerta.

Llevé á ella la mano para cerrar el armario, pero encontré resistencia. Mas admirado aun, redoblé los esfuerzos, cedió la puerta bruscamente, y nos descubrió una vejezue-

la con las manos colgando, los ojos cerrados, inmoble, de pie, y como pegada al ángulo de las paredes.

Tenia esta aparicion no sé qué de horroroso. Los cabellos se me erizan de acordarme.

Le pregunté á la vieja:—¿Qué hace usted ahí?

No me contestó nada.

¿Quién es usted?—le interrogué de nuevo.

No me respondió tampoco, ni hizo el mas leve movimiento, y siempre con los ojos cerrados.

Mis amigos dijeron:—Esta es sin duda cómplice de los que han entrado aqui con malas intenciones; se habrán escapado ellos cuando nos oyeron venir; no habrá podido acompañarlos, y se esconderia detras de la puerta del armario.

Yo la interrogué por tercera vez;

pero seguia sin voz, sin vista ni movimiento.

Uno de nosotros la empujó hácia el suelo, á donde cayó al momento toda de una vez sin doblegarse, como un pedazo de madera, ó como una cosa muerta.

Le dimos con el pie, sin que esto produjese efecto alguno, y luego la levantaron dos de mis amigos, apoyándola de nuevo contra la pared. A pesar de tanto movimiento no daba señal de vida. Le gritaban al oido, y continuaba muda como si la voz no hiciera impresion en sus órganos.

Pero nosotros íbamos ya perdiendo la paciencia, y no dejaba de haber ira bastante mezclada con nuestro terror. Uno de mis amigos me aconsejó que le pusiese la bugía debajo de la barba; y yo le apliqué en efec-

to la inflamada mecha. Al calor del fuego medio abrió un ojo. — Un ojo vacío, marchito, espantoso y que no miraba.

Entonces retiré el mechero encendido diciendo: — Gracias á Dios que ya vuelves en tí. ¿Responderás ahora, vieja hechicera?

El ojo volvió á cerrarse como de sí mismo.

—Ya es esto demasiado, dijeron los otros.—¡La bugía! La bugía hasta que hable.

Le volví á poner la luz debajo de la barba.

Abrió entonces los ojos muy despacio, nos miró á todos el uno despues del otro, y bajándose inesperadamente apagó la luz con un soplo helado. Al punto mismo en que nos quedamos en tinieblas sentí el calor de una boca, y tres dientes a-

guzados traspasándome la mano.

Me desperté trémulo, y bañado en sudor frio.

El buen capellan estaba sentado á los pies de mi cama leyendo sus oraciones.

—¿He dormido mucho tiempo? le pregunté.

—Hijo mio, una hora completa has dormido. Te han traido á tu hija, que está en el otro cuarto esperando. Yo no he querido que te despertáran.

—¡Oh! grité, no sé si herido de dolor ó de alegría. ¡Mi hija! ¡Que me traigan á mi hija!

XLIII.

Es sonrosada, fresca, con ojos rasgados, y muy hermosa.

Le han puesto un vestidito que le sienta muy bien.

Yo la tomé por debajo de los brazos, la levanté en el aire, me la senté en las rodillas, y le besé los cabellos.

¿Por qué no ha venido su madre? —Su madre está mala, y su abuela lo mismo. — Muy bien.

Me miraba ella con cierta especie de admiracion, y se dejaba acariciar, besar, devorar á besos, dirigiendo de cuando en cuando una inquieta ojeada hácia su nodriza, que estaba llorando en un rincon.

Al fin pude yo hablar.

—¡María! le dije. ¡Mariquita mia,

Y me la estrechaba violentamente al seno hinchado de sollozos.— Dió en esto un ligero ay diciendo:— ¡Que me lastima usted, caballero!

¡Caballero!—Pronto hará ya un año que la desgraciada criaturita no me ha visto. Ya se ha olvidado de mí, de mi semblante, palabra y acento; y ademas, ¿quién podrá reconocerme con esta barba, esta palidez y estos vestidos? ¡Cómo!—¿Ya borrado de esta memoria, la sola en que hubiese querido vivir! Antes de la muerte, ¿he dejado ya hasta de ser padre?—¡Condenado estoy á no oir mas aquella palabra de la infancia, aquella palabra tan dulce, que no puede quedarse en la lengua de los hombres: *papá.*

Y sin embargo, haberla oido pronunciar por esta boca una vez mas, solo una vez que la hubiera escu-

chado, he aqui la recompensa que habria pedido por los cuarenta años de vida que me quitan.

—Escucha, María, le dije, juntando sus manecitas en las mias.— ¿No me conoces?

Se puso á contemplar mi fisonomía con sus bellísimos ojos, y me respondió: —No por cierto.

—Mírame bien, le repetí. ¿Cómo puede ser eso? ¿Pues qué, no sabes tú quién yo soy?

—Sí que lo sé, dijo ella. Un caballero.

—¡Ah! ¡No amar ardientemente mas que un solo individuo del mundo, amarlo con todo su amor, tenerlo delante de sí, hablarle, acariciarlo, recibir sus miradas y sus palabras y no ser conocido! ¡No desear mas consuelo que el suyo, y ser él el solo que ignore cuánto se necesi-

ta el consuelo porque se está esperando la muerte!

--María, continué, ¡no tienes tú papá!

--Sí señor, me respondió el angelito.

--Pues bien, ¡y á dónde está!

Volvió á levantar los grandes y admirados ojos. — ¡Ah! esclamó.— Pues qué, ¡no lo sabe usted! Se ha muerto.

Y gritó luego asombrada, porque casi se me habia caido de los brazos.

—¡Muerto! le dije. María, ¡sabes tú lo que quiere decir estar muerto!

—Sí señor, me contestó. Papá está en la tierra y en los cielos.

Luego continuó por ella misma:

Yo le pido á Dios por él todas las mañanas y todas las noches sobre las rodillas de mamá.

Le dí un beso en la frente diciéndole: — María, repíteme tu oracion.

—No señor, no puedo hacerlo caballero. Las oraciones no se rezan de dia por la calle. Venga usted esta noche á mi casa y se la repetiré....

¡Ya era esto demasiado! Yo la interrumpí precipitadamente:

—María, yo mismo soy tu padre.

—¡Ah! me dijo.

Y añadí luego: —¿Quieres tú que sea yo tu papá?

Mi hija separó la cabeza de mí diciendo: — No señor; que mi papá era mucho mas hermoso.

Entonces la cubrí de lágrimas y de besos, mientras hacia ella por desenredarse de mí diciendo: me lastima usted mucho con la barba.

Me la acomodé mejor en las ro-

dillas devorándola con la vista, y preguntándole en seguida:

—¿Sabes tú leer, María?

—Sí, me respondió; por supuesto que sé leer. Mamá me enseña las letras.

—Vamos á ver; lee un poquito, le dije, señalándole un papel que tenia arrugado en una de sus manos.

Inclinó la linda frente, y dijo luego: —Pero yo no sé leer mas que fábulas.

—No importa. Mira á ver si puedes. Vamos, lee.

Y desliando el papel se puso á deletrear apuntando las letras con el dedo: — S, E, N, *sen*, T, E, N, *ten*, *senten*, C,....

Yo le arranqué el papel de las manos. ¡Mi sentencia de muerte era lo que me estaba leyendo! Su nodriza la habia comprado por un cuar-

to. ¡Harto mas cara me costaba á mí!

No hay palabras con que espresar lo que sentí en aquel momento. —Mi violencia la asombró mucho; y casi llorando me dijo: —Déme usted mi papel; sino es mas que para jugar.

Yo volví mi hija á la nodriza.— Llévesela usted, le dije;

Y caí de nuevo en la silla sombrío, desamparado y lleno de desesperacion. ¡Ahora sí que deberian venir! ¡Nada me eslabona ya á la vida! ¡La última fibra de mi corazon se ha quebrado! Solo soy ya bueno para lo que van á hacer conmigo.

XLIV.

El sacerdote es muy bueno, y tambien el alcaide. Creo que han derramado una lágrima cuando dije que se llevasen á mi hija.

¡Ya se acabó! Ahora es menester que me fortalezca dentro de mí mismo, que piense con firmeza en el verdugo, en la carreta, en los gendarmas, en el gentío del puente, en el gentío de los muelles, en el gentío de las ventanas, y en el que habrá espresamente para mí en aquella lúgubre plaza de Greve, que podria estar empedrada con las cabezas que ha visto caer.

Me parece que me queda todavía una hora para familiarizarme con todo esto.

XLV.

Reirá todo ese populacho, dará palmadas y voces de aplauso, y entre tantos hombres libres y desconocidos de los carceleros, como se apresuran á ver una ejecucion llenos de alegría, entre aquel concurso de cabezas estendidas por la plaza, habrá mas de una predestinada, que seguirá á la mia tarde ó temprano, dentro del canasto encarnado. Mas de una que viene por mí hoy, y vendrá por sí otro dia.

Hay para estos entes desgraciados un cierto punto en la plaza de Greve, sitio fatal, centro de atraccion de que no pueden escaparse; una especie de trampa. Se vuelven y revuelven en derredor suyo hasta caer al fin en ella.

XLVI.

¡Pobre Mariquita!—Ya se la han llevado á jugar; y va ella mirando el gentío por la portezuela del coche, sin acordarse mas de aquel *caballero*.

Quizá tendré lugar todavía de escribir algunas páginas para ella, á fin de que las lea un dia, y llore por hoy dentro de quince años.

Sí, es necesario que sepa por mí mi historia, y el motivo por qué le dejo un nombre sangriento.

XLVII.

MI HISTORIA.

Nota del editor. No se han podido aun encontrar las hojas que seguian á este título. Quizá, como parece indicarse en las siguientes, no ha tenido el reo tiempo para escribirlas. Ya era demasiado tarde cuando se le ocurrió este pensamiento.

XLVIII.

En un cuarto de las casas municipales.

¡Las casas municipales!... Ya estoy pues en ellas. El execrable camino se ha pasado ya. Alli enfrente está la plaza, y debajo de la ventana el odioso populacho, que ahulla, rie y me espera.

En vano quiero fortalecerme y alentarme; el corazon se me ha desfallecido. Cuando he visto por cima de las cabezas aquellos dos brazos encarnados con su triángulo negro por arriba, alzándose entre los dos faroles del muelle, el corazon me ha faltado. — Pedí hacer mi última declaracion, y me han depositado aqui, mientras van á buscar algun

procurador general. Aquí le estoy esperando, y siempre eso se gana.

He aquí:

Las tres estaban dando, cuando vinieron á decirme que ya era tiempo. Me puse á temblar al oirlo como si hubiese pensado en otra cosa hace ya seis horas, seis semanas, seis meses enteros. Me sobrecogió aquello como un golpe inesperado.

Me hicieron luego atravesar mil corredores y bajar mil escaleras. Me empujaron despues por entre dos portezuelas del piso bajo dentro de una sala sombría, estrecha, bovedada, que ilumina apenas un dia de lluvia y de neblina.

Habia en medio de la sala una silla, en que me dijeron que me sentase, y me senté en efecto.

Cerca de la puerta, y por junto á las paredes, se vian algunas perso-

nas en pie, ademas del sacerdote y los gendarmas, y habia tambien tres hombres.

El primero, el mas alto y viejo, era grueso, y tenia la cara muy encarnada. Estaba de levita, y con un disforme sombrero de tres picos. ¡Este era el hombre!

Era el verdugo, el ayuda de cámara de la guillotina. Los otros dos, sus ayudas de cámara de él.

Apenas me habia sentado se acercaron estos dos á mí por detras como dos gatos, y en el instante mismo sentí en la cabeza un frio como de acero, y las tijeras me rozaron las orejas.

Me caian los cabellos cortados al acaso en largas mechas sobre los hombros, y el verdugo se entretenia en pasar por ellos suavemente su larga y gruesa mano.

Hablaban en voz baja al rededor mio.

Por fuera se oia un grande ruido, una especie de temblor continuado que ondulaba por los aires. Creí al principio que seria el rio; pero conocí despues que era el populacho por el ruido de las carcajadas.

Un jóven que estaba cerca de la ventana escribiendo con un lapiz en una cartera, preguntó cómo se llamaba lo que estaban haciendo alli.— El tocador del reo, respondió uno de los carceleros.

Mañana saldrá probablemente esta respuesta en los diarios.

A deshora sentí que uno de los criados me habia quitado la chaqueta, y cogiéndome el otro las dos manos, que tenia yo colgando, me las puso á la espalda, atándome lentamente con una cuerda las unidas

muñecas. Al mismo tiempo me quitó el primero el corbatin. La camisa de batista, solo andrajo que me quedaba ya de mí mismo en otros tiempos, le hizo como titubear por un instante, y luego se puso á cortarle el collarin.

A esta precaucion horrible, al contacto del acero que me tocaba el cuello, me temblaron los codos, y dejé escapar un sollozo medio ahogado. La mano del ejecutor tembló al oirlo.—Perdone usted, caballero, me dijo. ¿Le he hecho á usted mal?— Son estos verdugos hombres de un carácter muy dulce.

Cada vez se oian mas altos por afuera los alaridos de la plebe.

El hombre del semblante amoratado me ofreció para que lo aspirase un pañuelo mojado en vinagre.— Gracias, le dije, con la voz mas ele-

vada que pude; es del todo inútil; yo me siento bien.

Entonces se bajó uno de ellos y me ató los pies con una cuerda fina y floja, que no me permitia andar sino á muy corto paso. La punta de esta cuerda vino á atarse á la que me apretaba las manos.

Despues el hombre obeso me echó la chaqueta por los hombros, atándome las mangas debajo de la barba. Lo que él tenia que hacer allí estaba ya hecho.

El sacerdote se acercó á mí con su crucifijo, y diciéndome con voz tierna. — ¡Vámos, hijo mio!

Al mismo tiempo me cogieron los criados por los molleros de los brazos; me levanté y anduve. Pero eran mis pasos trémulos é inciertos, como si hubiese tenido dos rodillas en cada pierna.

La puerta principal tambien se abrió entonces, y un clamor furioso, un aire frio, y una luz blanquizca, llegaron hasta mí en las tinieblas. Desde el fondo de mi sombrío y pequeño apartamento ví bruscamente, y en conjunto al través de la lluvia, las mil cabezas ahulladoras del pueblo, apiladas confusamente en la inclinacion de la grande escalera del palacio. Habia á la derecha al nivel del suelo, una línea de gendarmas de caballería, de quienes no me dejaba ver la puerta por ser tan baja, mas que los brazos y pretales de los caballos; en frente un piquete de soldados en batalla; á la izquierda la parte posterior de una carreta, á la cual se apoyaba una escala raida. ¡Pintura horrorosa y digna de la puerta de una cárcel!

Para este temido momento habia

yo reservado mi valor. Dí tres pasos y aparecí en público.

¡Hélo allí! ¡allí sale ya! gritaba el gentío, y los que estaban mas cerca palmoteaban con vehemencia.

Por mucho que amen al rey, su presencia causaria menos júbilo.— Era una carreta ordinaria, con un caballo ético, y un carretero de camison azul con vivos rojos, como los de los arrieros de las cercanías de Bicetre.

El hombre de sombrero de tres picos subió el primero. — Buenos dias, señor Sanson, gritaban los muchachos encaramados por las ventanas. — Un criado entró despues.— ¡Bravo! señor Martes, gritaron de nuevo los muchachos. — Los dos se sentaron en el banco anterior.

Ahora seguia mi turno, y subí con un continente bastante firme.—

¡Qué entero vá! dijo una muger al lado de los gendarmas, y este atroz elogio me reanimó mucho. El sacerdote vino á sentarse junto á mí. Iba yo colocado en el asiento de atras con la espalda vuelta hácia el caballo, para que no viese lo que me esperaba. Esta última atencion me hizo temblar.

¡Usar de humanidad en esto!

Quise mirar al rededor mio: gendarmas delante, gendarmas detras; luego gentío, gentío y gentío. ¡Una mar de cabezas en la plaza!

Un piquete de gendarmería á caballo vino á esperarme á la puerta de hierro del palacio de justicia.

El oficial pronunció la voz de mando, y la carreta y su cortejo se pusieron en movimiento, como impulsados por un alarido de la plebe.

Pasamos la puerta de hierro, y

al volverse la carreta hácia el Puente-del-Cambio, resonó un vocerío espantoso por toda la plaza desde el suelo á los tejados, y respondieron los otros puentes y los muelles con estrépito bastante para producir un terremoto.

Alli se unió á la escolta el piquete que nos esperaba.

—¡Abajo los sombreros! ¡Abajo los sombreros! gritaban al par mil bocas.—¡Lo mismo que para el rey!

Yo prorrumpí tambien en una risa horrible, diciéndole al sacerdote:—Ellos los sombreros y yo la cabeza.

Ibamos marchando á paso regular. El mercado de las flores embalsamaba el aire con su fragancia. Las revendedoras abandonaron sus ramilletes para verme.

En frente de nosotros, antes de

llegar á la torre cuadrada que forma la esquina del palacio de justicia, hay una porcion de tabernillas, cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores, sobre todo de mugeres, contentísimas de haber logrado tan buenos sitios. El dia debe haber sido provechoso para los taberneros.

Se alquilaban para verme subiéndose en ellos, mesas, sillas, andamios y carretas. Todo rebozaba de espectadores. Gritaban á garganta herida los traficantes en sangre humana: — ¿Quién quiere sitios?— ¿Quién quiere un buen asiento? Yo me enfurecí contra aquel pueblo atroz, y estuve por gritarle:—¿Quién quiere el mio?

En el entretanto adelantaba mas y mas la carreta; y á cada paso que daba se demolia el gentío que via

yo con mis frenéticos ojos, correr á formarse de nuevo en otros puntos de la carrera.

Al entrar por el Puente-del-Cambio, dirigí por casualidad la vista hácia la derecha, fijándola por cima de las casas en una torre negra, solitaria y erizada de esculturas, sobre la cual se vian de perfil dos monstruos de piedra. — No sé por qué, le pregunté al sacerdote qué torre era aquella. — Santiago de las Carnicerías, respondió el verdugo.

No sé á qué atribuirlo; pero en la neblina, y á pesar de la lluvia fina y blanca que rayaba el aire oblicuamente como los hilos de una araña, nada pasaba al rededor mio que yo no lo observase. Cada uno de estos pormenores me traia su martirio. Faltan las palabras á las emociones.

Por en medio del Puente-del Cambio, tan ancho y tan lleno de gente, que apenas podiamos continuar nuestra marcha, un horror violento se apoderó de mí, y tuve miedo de caer desmayado. ¡Ultima vanidad!— Entonces hice por atolondrarme yo mismo, por ensordecer y quedarme ciego para cuanto pasaba, escepto para el sacerdote, cuyas palabras oia dificilmente en medio del rumor público.

Le tomé el crucifijo de las manos, y lo besé con ardor y con lágrimas. —¡Dios mio de mi alma! dije, ¡tén misericordia de mí!— Y me esforcé en sumergirme en este pensamiento.

Luego cada vaiven de la dura carreta me distraia, y repentinamente me ví tiritando de frio. La lluvia habia penetrado mis vestidos, y me

iba mojando la cabeza que ya no tenia cabellos que la defendiesen.—¿Vas temblando de frio, hijo mio? me preguntó el sacerdote.—¡Sí padre, le respondí. Temblando voy; pero ¡ay de mí! que no es solamente de frio!

Al volver el puente algunas mugeres se compadecieron de mí por ser tan jóven.

Al fin entramos en la avenida fatal. Ya comenzaba yo á no ver ni oir. Todas aquellas voces, las cabezas de las ventanas, las puertas, las rejas de las tiendas y los pescantes de los faroles; los ávidos y crueles espectadores; aquella muchedumbre donde todos me conocian, á donde no conocia yo á nadie, el camino alfombrado y tapizado con caras humanas..... Yo iba ébrio, estupefacto, sin sentido... ¡Es insoportable el pe-

so de tantas miradas, apoyándose sobre uno!

Vacilaba ya en el banco, y ni aun podia prestar atencion al sacerdote ni al crucifijo.

En el tumulto que me rodeaba no distinguia los gritos de piedad de los de alegría; la risa de la compasion; las voces del ruido; sino que era todo para mí un rumor que me resonaba en el cerebro como en un eco de cobre.

Mis ojos leian maquinalmente los rótulos de las tiendas.

Una vez se me ocurrió el estraño pensamiento de volver la cabeza y mirar el objeto hácia el cual iba caminando. Fue esta la postrimera bravata de la inteligencia. Pero el cuerpo no quiso obedecerla, y se me quedó la nuca paralizada, y como muerta de antemano.

Solo pude entrever lateralmente hácia la izquierda, mas allá del rio, la torre de nuestra Señora, que vista por allí oculta la otra. La que yo via era la de la bandera. Habia en ella muchísima gente que deberia ver bien.

Seguia empero la carreta adelante, siempre adelante, y pasaban tiendas, y se sucedian rótulos escritos, pintados y dorados, y reia el populacho y se apiñaba en el fango, y me dejaba yo ir como en sus sueños los que están dormidos.

De pronto se cortó la série de tiendas que ocupaba mis ojos en el ángulo de una plaza; la voz de la muchedumbre se robusteció en estremo, y resonó mas voluble y mas gozosa; la carreta se detuvo súbitamente, y estuve para caer de boca sobre las tablas. —¡Valor! me dijo al

oido el sacerdote, sosteniéndome con su cuerpo.

Y trajeron luego una escala por detras de la carreta, me dió el sacerdote la mano, bajé, dí trabajosamente dos pasos, pero no pude continuar. Entre los faroles del muelle habia visto una cosa siniestra.

¡Ah! ¡Era la realidad misma la que via.

Me paré como vacilando, y cayéndome ya herido del golpe.

—¡Tengo aun una declaracion que hacer! —Dije desmayadamente.

Me subieron aqui entonces.

Pedí que me dejasen escribir mi última voluntad. Me desataron las manos; pero aqui está preparada la cuerda, y lo demas abajo.

XLIX.

Un juez, un comisario, y un magistrado, no sé de qué especie, acaban de venir. Yo les pedí mi perdon con las manos cruzadas y arrastrándome de rodillas. El comisario me preguntó con una sonrisa fatal si no tenia que decirle mas que aquello.

—¡Mi perdon! ¡Mi perdon! repetí ardientemente, ó por piedad ¡cinco minutos todavía!

¿Quién sabe? ¡Puede que me perdonen aun! ¡Es tan horrible morir asi á mi edad! Frecuentemente se han visto perdones que llegan al último momento. ¿A quién le perdo-

narán la vida si á mí no me la perdonan?

Aquel execrable verdugo se acercó al juez para decirle que la ejecucion debia concluirse á una hora determinada, que ya iba á dar aquella hora, y que él era responsable; sobre todo, que llovia, y que podia tomarse de orin la máquina.

—¡Oh! ¡Por piedad! ¡Concédame usted un minuto para esperar mi perdon! Si no yo me defiendo. ¡Le morderé al que se acerque!

El juez y el verdugo salieron y me han dejado solo.—Solo con dos gendarmas.

¡Ah! ¡Cómo arroja el horrible populacho sus gritos de hiena!

¿Quién sabe si me escaparé de sus garras? ¿Por qué no me han de salvar? Si me hicieran gracia de la vi-

da.... ¡Es imposible que no me perdonen!

¡Ah! ¡La miserable plebe!... Me parece que ya suben la escalera....

LAS CUATRO.